EL TEATRO MODERNO

GREGORIO MARTINEZ SIERRA



"Amanecer"

50 CENTIMOS

PRENSA MODERNA

EL TEATRO
MODERNO
AÑO III 3 septiembre 1927 NÚM. 104

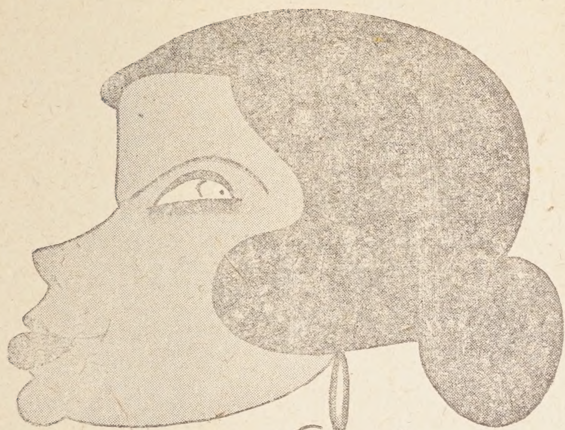
G. Martínez Sierra

AMANECER

COMEDIA EN TRES ACTOS

Estrenada en el Teatro Lara, de Madrid,
el día 7 de abril de 1915

PRENSA MODERNA
MADRID



CATALINA BÁRCENA

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Carmen (18 años)	*Catalina Bárcena*
Elvira (20 idem)	*María Luisa Moneró.*
Doña Cecilia (45 idem)	*Amalia Sánchez Ariño.*
Manolita (22 idem)...	*Mercedes Pardo.*
Marta (20 idem)	*Carmen Seco.*
Pepita (23 idem)	*Antonia Pérez Boira.*
Doña Elena (50 idem)	*Rosa Canto.*
Carolina (40 idem)	*Virginia Alverá.*
Julián (36 idem)	*Enrique Borrás.*
Mariano (22 idem)	*Luis Manrique.*
Rafael (50 idem)	*José Isbert.*
Sebastián (30 idem)	*Jesús Tordesillas.*
Calixto (24 idem)	*Manuel Collado.*
Carlos (30 idem)	*Emilio Ariño.*
Emilio (20 idem)	*Eduardo Zaragozano.*
Un criado	*Idem.*
Otro criado	*José Prieto.*

Del primero al segundo acto transcurren cinco años, y del segundo al tercero, tres. La acción del acto primero, en una capital de provincia. La del segundo y la del tercero, en Madrid.



ACTO PRIMERO

Salón en la casa del gobernador civil de una capital de provincia, en el Norte de España. La capital en cuestión es puerto de mar. Muebles de madera dorada y damasco rojo. Arañas de cristal. Riqueza un poco oficial y hasta algo de ostentación; pero, en resumen, buen gusto. La señora gobernadora sabe gastar y hace ver que gasta, y gasta sin escrúpulos. A derecha e izquierda, una o dos puertas que comunican con pasillos y habitaciones. En el fondo, dos puertas, que abren sobre un gran balcón o mirador corrido, de modo que se puede entrar por una y salir por otra, indistintamente: el balcón es muy ancho, para que puedan estar en él cómodamente varias personas. El balcón da al muelle: así es que el telón de fondo es el mar, de noche, y se ven los farolillos de colores de los barcos, porque es fiesta en el puerto y hay iluminación. Durante todo el acto hay animación por la calle, y cuando lo indica el diálogo, se oyen gritos de vendedores, risas de gentes, canciones de aldeanos, pescadores y borrachos, y música de banda y de guitarras y bandurrias. Cuando se levanta el telón están en escena, en actitud de esperar algo que ha de salir por una de las puertas de la derecha, Pepita, Marta, doña Elena, Elvira, Carlos y Emilio; están sentados; todos visten con elegancia: ellas, vaporosos trajes de verano; ellos, de oscuro.

PEPI. ¿Sale? ¿Sale?

CARL. ¡Que se vea!

EMILIO. Eso es; que se vea pronto.

CAR. *(Desde dentro y un poco lejos, con voz alegre.)* ¡Ya va, ya va! *(Pasa por la calle un grupo de hombres del pueblo un poco borrachos, cantando.)*

VOCES.
El pañuelo de mi niña
que ella lavándolo estaba,
¡ay! ¡ay! ¡ay ¡que me le lleva el río!
¡ay! ¡ay! ¡ay! ¡que me le lleva el agua!

ELENA. Alegre va la gente.

PEPI. Sí. Están este año las fiestas más animadas que nunca.

MARTA. ¡La de sidra que habrá corrido por esas calles!

EMILIO. ¿Sidra sólo? ¡Y whisky... y champagne! Hay dos barcos ingleses en el puerto, y está la ciudad llena de marineros rubios como ángeles, que gastan como príncipes y beben como esponjas.

PEPI. Es verdad, que al venir he visto a cuatro o cinco oficiales sentados a la puerta del Casino.

EMILIO. ¿Y ellos te han visto a ti? Porque entonces para qué quieres más...

PEPI. *(Un poco enfadada.)* ¡Qué tonto eres!

ELVIRA. *(Coqueteando, a Carlos.)* ¡Ay, Carlos! ¿Qué le parecerán a usted, que viene de la corte, estas fiestas de pueblo?

ELENA. Hija, esto no es un pueblo, que es una capital de provincia casi de primer orden.

PEPI. *(Un poco redicha.)* Para Carlos, que ha estado en París, y en Londres, y en Berlín, pueblo será.

CARL. *(Galante.)* La ciudad es lindísima, y las fiestas me encantan. No hay nada más bonito que una fiesta en que toma parte el pueblo, y a orillas del mar. Esta admirable noche de verano, llena de misterio, de brisa marina, de olor a magnolias, las luces en los barcos, las músicas, los cantos...

PEPI. ¡Ja, ja, ja, qué románticos son los madrileños!

ELVIRA. *(Con burla.)* Pues le falta a usted lo mejor, que son los fuegos artificiales.

CARL. *(Con galantería barata.)* Lo mejor son ustedes, las niñas bonitas. La verdad es que para mujeres de una vez no hay como el Norte de España.

PEPI. Gracias.

MARTA. *(Con un poco de sorna.)* Gracias.

ELVIRA. Yo no soy del Norte...

CARL. Pues merece usted serlo.

ELVIRA. Soy también de Madrid... como usted.

CARL. ¡Olé por mis paisanas!

ELVIRA. No vivimos aquí más que hace dos años; desde que papá es gobernador... *(Sigue hablando.)*

EMILIO. *(Acercándose a la puerta.)* ¿Pero sale o no sale ese prodigio?

CAR. *(Dentro.)* Ya va, ya va..., un poco de paciencia.

EMILIO. ¿Es que te estás vistiendo de novia?

CAR. *(Dentro.)* ¡Ja, ja, ja, ja! Casi, casi. *(Entra doña Cecilia, seguida de Rafael. Viene muy elegante y algo pintada, procurando quitarse, aunque está perfectamente conservada, unos cuantos años.)*

CECI. *(Mirando a los balcones desde la puerta.)* ¡Pero no han encendido los faroles del balcón! ¡Rafael!

RAF. Señora...

CECI. A ver esas luces. ¡Buena se va a poner la gente, si los únicos balcones que están sin iluminar son los del Gobierno civil! No estando el señor... ¿Dónde está el secretario?

RAF. No lo sé, señora; hace dos días que no parece por aquí.

CECI. Naturalmente..., no estando el señor... Ahora que me acuerdo, ¿no ha venido carta en el correo de la tarde?

RAF. No, señora.

CECI. Que suba Mariano.

RAF. Sí, señora. *(Sale.)*

CECI. *(Acercándose al grupo, que se levanta para saludarla.)* ¡Quietos, quietos!... Ustedes perdonen... Aquí, en faltando mi marido, no se hace cosa con concierto..., el secretario es un fresco, y los demás... Buenas noches.

ELENA. Muy buenas. *(Saludos de todos.)*

EMILIO. ¡Qué guapísima está usted, mi señora doña Cecilia!

PEPI. ¡Y qué elegante! ¿Es de París?

CECI. *(Muy satisfecha.)* ¡Ay, no! De Madrid, y gracias...

ELENA. *(Con cierto retintín.)* A usted todo le sienta bien.

EMILIO. Y está usted cada día un poquito más joven.

CECI. *(Muy hueca.)* Sí, sí; ríase usted de juventud con dos hijas como dos castillos, que le van a una pregonando los años. *(Se sienta.)*

ELENA. Ya hemos preguntado a Elvirita por su esposo de usted.

CECI. Muchas gracias. Hace días que no sabemos de él; pero suponemos que está bueno.

ELENA. Naturalmente, cuando no se sabe de las personas es que no les ocurre nada. Las malas noticias siempre llegan antes de lo que hace falta.

ELVIRA. A papá no le gusta escribir.

CECI. *(Con candor.)* Sí; dice que una carta, cuando no es una tontería, siempre puede ser un compromiso. Ya ve usted, cosas de hombres... *(Carlos y Emilio se miran y sonríen como diciéndose: ¡Buen punto debe estar el señor gobernador!)*

EMILIO. *(Sonriendo.)* De hombres prudentes.

PEPI. Además, cualquiera tiene tiempo de escribir en aquel Londres, con el sin fin de distracciones que habrá.

CARL. ¡Ah! ¿Su señor esposo de usted está en Londres?

CECI. Hace dos semanas, sí, señor; ha ido a un asunto particular, y ya me sorprende que no esté de vuelta, porque mañana se le acaba la licencia, y además, a él no le gusta estar fuera del pueblo en época de fiestas.

PEPI. A lo mejor se presenta aquí esta noche sin avisar, para darles a ustedes una sorpresa.

CECI. No tendría nada de particular; otras veces lo ha hecho.

CAR. *(Apareciendo en la puerta.)* ¡Y además, que mañana no puede faltar de casa mi padre, porque entonces soy yo la que me enfado! *(Aparece Carmen en una de las puertas. Es una chiquilla rubia y bonita. Viene vestida con un lindísimo traje de muselina blanca con ramitos*

de rosas menudas bordados o estampados. Trae cinturón de seda rosa también, y un manojo de rositas menudas prendido a la cintura: el cabello dorado peinado con la graciosa torpeza de la chiquilla que se sube el moño por primera vez. Parece una radiante personificación de la primavera. Todos, al verla aparecer—menos las dos señoras—, se levantan y palmotean aclamándola. Ella hace una reverencia en la puerta y después adelanta hacia el grupo.)

MARTA. ¡Carmen!

EMILIO. ¡Al fin!

ELVIRA. ¡Hija, cuánto has tardado!

MARTA. ¡Pero vale la pena! ¡Ay, qué primor de traje!

CARL. ¡Bravo! ¡Bravo! ¡Muy bien!

EMILIO. ¡Bravo!

CAR. ¡Gracias, señoras y caballeros; muchísimas gracias! *(Adelanta y da vueltas para lucir el traje.)* ¿Qué, está bien de verdad? ¿Les gusto a ustedes?... Es decir, ¿les gusta a ustedes el traje?

EMILIO. Chica, asustas de bonita que estás.

PEPI. ¡Es un primor!

MARTA. ¡Es precioso de veras!

ELENA. ¡Este sí que será de París!

CAR. *(Muy contenta.)* Este sí. Me lo mandó mi padre el otro día, al pasar camino de Londres... Por eso me gusta más que todos.

ELVIRA. Pues a mí me gusta más el azul...

PEPI. Este es más elegante, no digas.

ELVIRA. Pero el azul la sienta mejor.

ELENA. *(Displicente.)* A las rubias todo les sienta bien.

CAR. ¡Ay, qué suerte ser rubia!...

ELVIRA. ¡Sujétate ese pelo, que se te cae el moño!

CAR. Como es la primera vez que me lo subo, no se quiere tener.

MARTA. Anda, ponte el traje de baile para que los veamos todos.

TODOS. ¡Sí, sí, sí!

CAR. No, no... el de baile, no; el de baile no lo ven

ustedes hasta mañana por la noche cuando entremos en el Casino.

TODOS. ¡Sí, sí!...

CAR. ¡No, no!...

PEPI. Pero ¿por qué?

CAR. Porque... *(Se ríe.)* bueno; pues la verdad.. porque me da vergüenza ponerme descotada delante de tan poca gente. *(Risa general.)*

CECI. ¡Niña, no digas tonterías!

PEPI. *(Como si hiciera un descubrimiento.)* ¡Ja, ja, ja! Pues es verdad. Cuanta más gente tiene uno delante, menos vergüenza le da a una de nada. Es curioso.

EMILIO. ¡Ea, ya tenemos a otra niña de largo!

CAR. Todavía no; éste es un ensayo general para ustedes, pero de largo de verdad, de verdad, no estoy hasta mañana; mañana sí; estreno el traje azul para ir a misa; éste para la corrida de toros, y el de baile para el cotillón del Casino.

CARL. ¡Y a hacer mal y daño a los pobrecitos hombres!

CAR. *(Con broma graciosa e inocente.)* ¡Naturalmente! Y poquita prisa que me voy a dar, con las ganas que tengo de vivir! No seré como vosotras, que con los añazos que tenéis...

PEPI.
ELVIRA. } *(Interrumpiendo a un tiempo.)* ¡Oye tú!

CAR. ... y con tres temporadas que lleváis de largo, todavía estáis solteras. Yo he tardado en bajarme la falda, pero antes de un año o estoy casada o me he metido monja.

CARO. *(Que entra, viniendo de la calle, un poco sofocada.)* ¡Jesús, Virgen del Carmen, qué desvarío! Niñas: casarse lo más tarde posible, y quedarse viudas lo antes que se pueda. *(Carcajada y protesta general. Las muchachas y los caballeros se levantan para recibir a Carolina: las dos señoras permanecen sentadas, pero la reciben con afectuosa sonrisa, al mismo tiempo que protestan contra sus palabras. Carolina*

es una viuda de cuarenta años, muy bien conservada y elegantemente vestida, más alegre y animada que todas las muchachas.)

MUCHA. ¡Ja, ja, ja, ja!

CECI. *(Que no quiere reírse.)* ¡Qué Carolina ésta!

ELENA. ¡Carolina, por Dios!

CARO. *(Llegando hacia el grupo.)* Buenas noches.

CARL. Buenas noches.

EMILIO. Felices, Carolina, y tantísimas gracias por la buena voluntad.

CARO. *(Se sienta.)* No hay de qué. ¡Ay, hija, déjame que te mire!... ¡Qué repreciosa estás!

CAR. ¿Te gusto de veras?

CECI. ¡Qué sofocada viene usted, Carolinita!

ELVIRA. Y qué tarde. Creíamos que te habías olvidado de nosotras.

CARO. Eso nunca; pero sí que creí que no venía.

CAR. ¿Después de habernos prometido acompañarnos a los fuegos artificiales?

CARO. Es que he estado a cenar en casa del rector de la Universidad, y las chicas querían que me quedara a acompañarlas a ellas, porque su madre no quiere salir, y figúrate tú, las tres con novio, que ninguno entra en casa, y en noche de fuegos... y con lo que me quieren.

CAR. Lo que es eso, más te queremos nosotras, que te queremos desinteresadamente.

ELVIRA. *(Con retintín, coqueteando con Carlos.)* Sí, porque aquí no hay novios que proteger.

CARL. No habrá siquiera unos, porque usted no querrá...

ELVIRA. ¿Y usted, sí?

CARL. ¡Con el alma y la vida, palabra de honor!

ELVIRA. Palabra de forastero que quiere divertirse con las niñas paletas.

CARL. Pero ¿no hemos quedado en que usted es de Madrid? *(Elvira se ríe y no responde.)*

CECI. ¡Ay, qué abnegación la de esta Carolina! ¡Siempre acompañando a las chicas jóvenes!

ELENA. Pero ¿de veras le gusta a usted ir siempre ha-

ciendo oficio de madre, sin serlo, con estas criaturas?

CARO. Muchísimo, porque como no son mis hijas, en vez de envejecerme me rejuvenecen. Cada niña que se pone de largo y se hace amiga mía, me quita cinco años de encima. Ella crece, se casa, desaparece de la circulación, pero viene otra; y ellas van pasando, y yo siempre la misma.

EMILIO. ¡Y siempre viuda!

CARO. ¡Gracias a Dios!

CARL. ¿Y no tiene usted miedo, a fuerza de casar amiguitas, de dejarse arrastrar por el ejemplo y reincidir el día menos pensado?

CARO. ¡No hay cuidado!

EMILIO. Mire usted que el estar siempre entre novios es peligrosísimo: el amor es una enfermedad muy contagiosa.

CARO. Para las solteras. Yo estoy vacunada.

ELVIRA. Vamos, Carolinita, que si se presentara un viudo apetitoso...

CARO. Hija, los hombres no son apetitosos más que en esperanza o en recuerdo: novios... o difuntos. En función de marido, el menos indigesto le quita a una las ganas para medio siglo.

MARTA. ¡Ja, ja, ja, ja!

EMILIO. Mira Martita cómo se ríe... Es que le gusta que hablen mal de los hombres... Como es feminista.

CARL. *(Con susto.)* ¡Usted!

MARTA. Sí; pero no se asuste usted; no muerdo.

CAR. ¡Ja, ja, ja!

CARL. *(Sonriendo de mala gana.)* Eso será broma.

ELVIRA. *(Con retintín.)* Sí, sí, broma, y estudia para médico.

CARL. ¡Para médico!

EMILIO. *(En son de burla.)* Lo mismito que un hombre.

MARTA. *(Mirándole con mala intención.)* Eso es, lo mismito que un hombre... cuando quiere estudiar.

EMILIO. *(Muy alterado.)* Si lo dices por mí, ya sabes que he dejado los estudios porque estoy delicado de la cabeza.

MARTA. *(Riéndose.)* Yo se la curaré en cuanto me doctore. Ya ves si soy amable.

CARL. Pero vamos a ver *(Dándoselas de hombre superior)*, ¿para qué necesita usted estudiar, siendo tan bonita?

MARTA. *(Con viveza.)* Para no tenerme que casar con un feo. *(Carmen se ríe estrepitosamente.)*

CARL. ¡Con un feo! El hombre más buen mozo de España se merece usted.

MARTA. Es posible; pero, aunque yo me le merezca, primero tiene que existir, y luego le tengo que encontrar, y luego me tiene que gustar, y luego le tengo que gustar yo a él... y por si era poco, tiene el hombre que tener dinero para mantenerme... y entretanto, no tengo una peseta. Conque ya ve usted si son dificultades, y si me sobran motivos para querer ganarme la vida.

CAR. *(Con entusiasmo.)* ¡Haces bien! ¡A mí también me gustaría saber mucho, y servir para algo, y ganar dinero!

CECI. *(Molesta.)* ¡Niña, qué dices!

CAR. Sí, madre, sí; ganar dinero, para que lo que una gasta fuera suyo, y no tenérselo siempre que agradecer a un hombre. Algunas veces, cuando entro en el despacho de mi padre y le veo tan preocupado, siempre haciendo números, digo: ¡Es por nosotras! Si tuviera hijos en vez de tener hijas, ellos trabajarían también, ¡y nosotras no hacemos más que gastar! ¡Y cuando pienso en eso me da mucha rabia, porque todo esto que llevo encima me parece que me lo dan de limosna!

MARTA. Tienes razón, hija, ¡el que no se gana la vida no tiene derecho a vivir!

CARL. ¡Niñas, niñas, que hasta socialistas se van volviendo ustedes! Quién iba a figurárselo en una capital de provincia.

ELENA. Todo eso de ganarse la vida es muy bonito; pero una mujer como Dios manda no necesita recurrir a ciertos medios para lograrlo. Tú,

niña, podías ser maestra de escuela o profesora de labores, o costurera, o señorita de compañía; pero, la verdad, la carrera de médico en una mujer me parece altamente indecorosa.

MARTA. *(Muy tranquila.)* ¿Por qué?

ELENA. ¡Hija, a la vista está! Figúrate que un caballero, es un suponer, tiene una pierna enferma, y te llama a ti para que le cures...

MARTA. Pues figúrese usted que la pierna es de usted, y que usted llama a un médico. ¿Qué le parece a usted más inmoral: que un hombre le vea a usted las piernas o que yo le vea las piernas a un hombre?

TODOS. ¡Ja, ja, ja, ja!

ELENA. ¡Jesús, Ave María, qué niñas éstas!

MARTA. Además, ¿no les llamamos todos, y con razón, ángeles y santas a las hermanas de la Caridad que se pasan la vida en los hospitales? ¿Pues entonces? A no ser que la virtud consista precisamente en curar sin título...

ELENA. ¡Calla, calla, no seas bachillera!

MARTA. Tranquilícese usted, doña Elena. Por muy doctora que llegue a ser, no me dedicaré nunca a curar hombres, y no es que me asuste el desnudo masculino, porque cuando la carne duele, ya no es carne de hombre ni de mujer... es dolor nada más... Pero me sobrará clientela con las muchas mujeres que se dejan morir sencillamente por eso... por pudor, por no irle a confesar a un hombre sus miserias... *(En voz más baja.)* y con los niños... ¡hijos de mi alma!

ELENA. *(Que no sabe por dónde salir.)* ¡Lo que sabéis ahora las muchachas! Parecéis catedráticos.

CARL. *(Queriendo despreciar.)* ¡Romanticismos!

ELENA. ¡Ay, no, señor; que en mis tiempos bien románticas éramos y no pensábamos en cosas semejantes!

CARL. *(Muy suficiente.)* Es que en sus tiempos de usted, señora, las niñas románticas leían folletines, y ahora leen artículos de fondo.

MARTA. *(Con dignidad, levantándose y yendo hacia el*

balcón.) No, señor; ahora leemos libros.

CECI. *(Conciliadora. Levantándose también.)* Vaya, vaya, basta de discursos: hoy no es noche de discutir, sino de divertirse. Acuérdense ustedes de que tienen veinte años, de que llevan ustedes un traje muy bonito que les sienta muy bien; mírense ustedes un ratito al espejo, y déjense de filosofías.

PEPI. *(Levantándose.)* Tiene usted razón; si se va una a poner a pensar en cosas aburridas, como los hombres, ¿de qué le sirve a una ser mujer?

CAR. *(Que se ha levantado y está con Marta cerca del balcón.)* ¡Un cohete! *(Palmotea contenta.)*

CARO. *(Levantándose.)* Eso es que van a empezar los fuegos.

EMILIO. Aún falta lo menos una hora.

VOCES. ¡Cohetes voladores! ¡Limón helao! ¡Barquillos de canela!

ELVIRA. No importa, no importa, vámonos, que hay que coger sitio.

CECI. Vayan ustedes a la terraza del Casino.

ELVIRA. ¡No, mamá, no; a la plaza entre toda la gente, que es más divertido!

PEPI. *(A doña Elena.)* Mamá, yo voy también.

ELENA. Sí, hija, sí; con Carolinita, a todas partes. *(Carolina se inclina.)* A mí me dejan ustedes en casa al pasar, que ya no estoy para apreturas.

CARO. Pues, andando, ¡pavitos... a la feria!

CECI. No, no, así no se marchan ustedes, pasen ustedes antes al comedor a tomar cualquier cosa.

EMILIO. ¿Cena tenemos?

CECI. No tanto: unos emparedados y una copita de champagne.

EMILIO. ¡Bravo, bravo, champagne! Esta señora gobernadora siempre hace las cosas espléndidamente.

CECI. ¡Bah!

ELENA. Y que no sé cómo se las arregla usted, porque está la vida cada vez más cara.

CECI. ¡Mujer que no sabe gastar, no es mujer! Pa-

sen ustedes, pasen. *(Ceremonias y cumplidos a la puerta del comedor. Salen todos menos Carmen.)*

SAR. Yo me voy a quitar esto mientras ustedes comen, porque no quiero estrenar el vestido hasta mañana. *(Se dirige a otra de las puertas; pero en este momento pasan por la calle el gaitero y el tamborilero, tocando a más no poder, y Carmen, con alegría de chiquilla, sale al balcón a verlos pasar.)* ¡Ay, la gaita, la gaita y el tamboril! *(Sale al balcón y se queda, se supone que entre los dos balcones, de modo que desde la escena no se la ve. Pasan y se alejan la gaita y el tamboril, y se oye rumor de gentes en la calle, y más gritos de vendedores. Entran en escena Rafael y Mariano. Mariano viene con cara de mal humor.)*

MARÍA. ¿Para qué diablos me necesita la señora gobernadora?

RAF. *(Sonriendo.)* Querrá echarle a usté un sermón porque no están ensendidos los faroles.

MARÍA. ¿Qué tengo yo que ver con los faroles? Eso es cosa de los ordenanzas. ¿O es que se ha figurado esa señora que por las miserables cien pesetas que me da su marido, voy a ser, además de escribiente del Gobierno civil, criado de toda la familia?

RAF. *(Cantando bajito y con sorna.)*

¡Unta el eje, Juaniyo,
que chiya el carro!...

MARIA. *(Volviéndose a él con enfado.)* ¿Qué quiere usted decir con eso?

RAF. *(Sonriendo.)* ¡Que baje usté la voz, que las paredes oyen, y no hay necesidá de que las de esta casa se enteren de que usté tiene mal genio!

MARIA. ¡Tengo el genio que me da la gana!

RAF. ¡Por vía der judío! ¡Naturalmente! Pero mejó sería que le diese a usté la gana de tenerlo un poquiyo más suave.

MARIA. ¡Eso a usted no le importa!

RAF. Pero a usté sí... Miste, don Marianito, casan muy mal juntos y en un mismo sujeto pobreza y orguyo...

MARIA. *(Dando media vuelta.)* ¡Está usted loco!

RAF. Y usté está como er sigarrón, que quié saltar y no sabe adónde... Usté quiere subir y subir aprisa, y pa subir cuando no se tienen muchos puños o mucho de aquí *(Señala la frente.)* hay que bajá un poquiyo la vo... y hasta la cabeza de cuando en cuando... ¡Manos besa el hombre que quisiera ver cortás!

MARIA. Según eso, ¿usted cree que yo no puedo defenderme en la vida más que a fuerza de hipocresías?

RAF. Yo no creo na, ni digo na... Dos buenos cayos me han salido: uno en la boca y otro en los oídos... pero le doy a usté un buen consejo, porque le tengo a usté simpatía...

MARIA. *(Con risa de conejo.)* ¡Hombre, tantas gracias!

RAF. *(Con burla.)* ¡No hay de qué!

MARIA. *(Con impaciencia.)* Bueno: dígale usted a esa... señora que aquí estoy, para lo que guste mandar. *(Enciende un cigarrillo con rabia y tira la cerilla al suelo.)*

RAF. *(Con sorna, recogiendo la cerilla.)* ¡Misté que va a ardé la alfombra!

MARIA. ¡Así ardiera el mundo!

RAF. ¡Ja, ja, ja! *(Sale cantando bajito.)*

A romero y tomiyo me hueles, niña.

Como vengo der campo no es maraviya...

MARIA. *(En voz alta.)* ¡Valiente granuja! *(Pasea rabiosamente por la habitación y en una de las vueltas se encuentra con Carmen, que sale del balcón.)*

VOCES. ¡Cohetes voladores! ¡Bizcochos de canela!

CAR. *(Aparece en el balcón, y viendo pasear a Mariano, se echa a reir.)* ¡Ja, ja, ja! ¡Ay, Mariano! ¡Qué cara de mal genio!

MARIA. *(Volviéndose al oirla reir.)* ¡Eh! *(Sin conocerla en un principio.)* ¿Quien? *(Con espanto al reconocerla, por creer que ha oido su conversación con Rafael.)* ¡Carmen!

CAR. *(Sonriendo.)* Sí... yo.

MARIA. *(Aún desconcertado.)* Entonces... ¿es que estaba usted?...

CAR. *(Sencillamente, porque no ha oído nada.)* Aquí en el balcón. Sí. Me asomé a oir la gaita, y luego me he quedado distraída, viendo pasar la gente. ¡Qué cosa tan extraña! Tanto ruido en la calle, tanto ir y venir, que casi marea mirarlo, y luego, al levantar los ojos, un silencio tan grande en el aire, y el cielo tan sereno, con todas las estrellas tan brillantes, tan quietas... ¡Y yo en el balcón entre el ruido de abajo y el silencio de arriba, como en una barca que fuese volando!... ¡Qué bonita es la noche, con el ruido del mar que viene de lejos!... *(Mirando a Mariano y echándose a reír.)* ¡Ja, ja, ja, ja!

MARIA. ¿De qué se ríe usted?

CAR. De que no se te pasa la cara de susto. ¿Es que te doy miedo esta noche?

MARIA. Es que... no la había conocido a usted...

CAR. *(Muy contenta.)* ¿Porque voy de largo?

MARIA. Es verdad... no es por eso... es decir... sí debe ser por eso... Cuando apareció usted en el balcón...

CAR. ¡Ja, ja, ja! ¿Por qué me llamas hoy de usted?

MARIA. Como siempre.

CAR. No es verdad; muchas veces me has hablado de tú, abajo en el despacho de mi padre...

MARIA. Sí, algunas... cuando me he olvidado de quién soy y de quién es usted, viéndola a usted tan cerca, tan sencilla, tan criatura; pero ya no es posible...

CAR. *(Con dulzura.)* Aunque lleve una cuarta más de falda soy la misma de siempre.

MARIA. La misma de siempre... y siempre estará usted tan lejos de mí...

CAR. *(En voz baja y con emoción.)* ¡Eh!

MARIA. Todas esas rosas sobre ese traje blanco son como un símbolo de felicidad. La primavera llena de promesas, ¡que se cumplirán! Todas floridas, todas risueñas... Es usted rica, es usted bonita, es usted mujer...

CAR. *(Con seriedad pueril y conmovida.)* Tú eres hombre, y sólo por serlo, tienes abiertos de par en par todos los caminos del mundo... ¡tan grande!

MARIA. *(Con ficción de escepticismo.)* ¡Y tan frío!

CAR. *(Con broma simpática.)* ¡Yendo muy de prisa se entra en calor!

MARIA. *(Bajando los ojos con afectación.)* ¿Dónde va uno a ir si no le espera nadie en ninguna parte?

CAR. *(Con indignación cariñosa.)* ¿Tú qué sabes? Puede que te estén esperando la fortuna, el poder, la fama...

MARIA. *(Con desdén.)* ¿Como en los cuentos de hadas?

CAR. *(Con seriedad pueril.)* Como en los cuentos, sí, señor. He leído en un libro que no hay hombre capaz, por mucha fantasía que tenga, de imaginar algo que no haya sucedido alguna vez en la vida... siquiera en pedazos. De modo que los cuentos de hadas más maravillosos son como mosaicos o rompecabezas hechos con piedrecitas de realidad, con pedazos de buenaventura que les ha sucedido a muchas gentes... y hay que creer en ellos, ¡y sobre todo, hay que esperar en ellos! *(Con exaltación.)* ¡Esperar... esperar... esperar! *(Con broma y sonrisa casi maternales.)* Claro que a Dios rogando y con el mazo dando, porque de balde no se logra nada.

MARIA. *(Con voz emocionada.)* ¡Carmen!

CAR. *(Con emoción más sincera que la de él.)* ¿Qué?

MARIA. *(Pasándose la mano por la frente como si quisiera despertar de un sueño.)* ¡Eres una criatura extraordinaria!

CAR. *(Sin saber qué decir.)* ¿Ahora me llamas otra vez de tú?

MARIA. *(Con afectación werteriana.)* Porque otra vez me olvido de quién soy... porque oyéndote hablar se olvida uno de todo... *(Preparando el terreno para la declaración.)*

VOCES. *(Dentro.)* ¡Carmen! ¡Carmen!

CAR. *(Ruborizada y aturdida por la declaración que presiente.)* ¡Me llaman! *(Á los de dentro.)* ¡Voy, voy! *(Á Mariano con precipitación.)* Hasta luego... *(Con decisión ruborosa.)* Vamos a la plaza a ver los fuegos artificiales...

VOCES. *(Dentro.)* ¡Carmen! ¡Carmen!

CAR. ¡Allá voy! *(Por decir algo, al ir a salir.)* ¡Ay! no me he quitado el traje. ¡Bueno! ¿Qué importa? Lo estreno un dia antes. ¡Puede que se adelante también un día la felicidad! ¿Verdad? *(Sonríe con rubor a Mariano y sale precipitadamente.)*

MARIA. *(Viéndola salir, con una sonrisa de mala persona.)* ¿Será posible? ¡Bah! ¡Todos somos hijos de Dios!

RAF. *(Que ha salido por la otra puerta y ha presenciado el final de la escena anterior, canta bajito.)*

¡Ninguno cante victoria,
aunque en el estribo esté,
que muchos, en el estribo,
se suelen quedar de a pie!

MARIA. *(Volviéndose a él con ira.)* ¡Otra copla! Hombre, ¿quiere usted hacerme el favor, cuando me quiera usted decir algo, de olvidarse de que es usted andaluz y hablar en prosa como un simple mortal?

RAF. *(Con calma.)* La niña es bonita, ¿eh?

MARIA. ¿A usted se lo parece?

RAF. Y a usted también... ¡Bonita y argo más! *(Hace ademán de contar dinero.)* Pero, amigo, ¡no es oro todo lo que reluce!

MARIA. ¡Déjeme usted en paz! *(Da media vuelta y sale al balcón. Entra un criado con un telegrama y se lo entrega a Rafael.)*

CRIA. Señor Rafael: un telegrama. *(Sale después de haberle entregado. Rafael coge el telegrama, pero espera, para leer, a que el criado haya salido; entonces le abre con bastante ansiedad, le lee, da un suspiro, en el que se mezclan el descanso después de una gran intranquilidad y la tristeza; después mira en derredor, como quien mira por última vez las cosas de las cuales se quiere despedir, y por último se encoge de hombros como hombre que está acostumbrado a toda clase de trances, y que todo se lo echa a la espalda. Va a salir, pero Mariano sale del balcón y le mira con curiosidad un poco impertinente.)*

RAF. *(Suspirando al leer el telegrama.)* ¡Alabado sea Dios!

MARIA. *(Saliendo del balcón.)* Malas noticias, ¿eh?

RAF. *(Con cinismo.)* Al contrario: las mejores que podían yegarme.

MARIA. ¿De su amo de usted?

RAF. *(Con firmeza.)* ¡De mi amo!

MARIA. ¿Vuelve pronto?

RAF. *(Secamente.)* No dice nada de volver. *(Entran haciendo ruido todas las señoras y las muchachas que salieron en la escena anterior, acompañadas por Carlos y Emilio. Se ríen y hablan todas a un tiempo.)*

CARO. Vamos, vamos de prisa, que ahora sí que es tarde.

ELVIRA. ¡Carlos, Carlos!

CARL. Aquí me tiene usted.

CECI. ¿Lleváis abrigos?

PEPI. Sí; tenemos las capas en la antesala.

CECI. ¡Echaos algo por la cabeza!

ELVIRA. No, mamá; si hace un calor horrible.

MARTA. Vamos, doña Elena, usted conmigo, si es que no me guarda usted rencor.

ELENA. A mí no me hagan ustedes correr, que como

ya no tengo que encontrar novio, no llevo prisa.

CARO. Andando, andando, andando.

CAR. Adiós, madre.

CARL. Buenas noches, señora, y tantísimas gracias por su amable acogida.

CECI. No faltaba más..., viniendo de parte del señor ministro, viene usted a su casa.

MARIA. *(Acercándose.)* Adiós, Carmen.

CAR. ¿No vienes a los fuegos con nosotras?

MARIA. Creo que su mamá de usted tiene algo que mandarme...

CAR. Hasta luego entonces.

ELVIRA. *(A Carmen.)* ¿Qué ocurrencia te ha dado de invitar a ese cursi? ¡Más tonta eres!

CAR. *(Por Carlos.)* ¿No invitas tú a ese otro?

ELVIRA. Pero ¿es que...? ¡Niña, tú estás chiflada! Ya verás si se entera mamá...

CARO. Vamos, vamos.

TODAS. Adiós, adiós, adiós.

CECI. ¡Por Dios, Carolinita, que no me las deje usted hacer locuras. *(Salen todas.)*

CECI. *(Volviéndose y viendo a Mariano.)* ¿Qué hace usted ahí?

MARIA. *(Con suavidad hipócrita.)* Rafael me ha dicho que usted me llamaba.

CECI. ¡Ah, sí..., por los faroles...; pero ya no importa, y porque es muy tarde! *(Queriendo ser amable.)* Vaya usted, vaya usted a los fuegos, que también tendrá quien le aguarde.

MARIA. No, señora.

CECI. Vamos, que no faltará alguna modistilla de buen corazón.

MARIA. *(Ofendido.)* Señora, las modistas no son precisamente mi especialidad.

CECI. *(Mirándole de arriba abajo, con desdén.)* Ah..., vamos...; está bien. Buenas noches. Usted dispense.

MARIA. Muy buenas. *(Sale.)*

CECI. ¡Ja, ja, ja! ¡Se ofendió el señor duque! *(A Rafael.)* ¿Qué te parece? Cierra esos balcones y apaga esas luces. *(Va a salir.)*

RAF. *(Después de vacilar un momento, cuando ella está ya cerca de la puerta.)* Señora...

CECI. *(Volviéndose.)* ¿Qué quieres?

RAF. La señora perdone... Quisiera hablar con la señora un momento..., si a la señora no le molesta...

CECI. Si el momento no es largo..., porque estoy cansada...

RAF. He recibido un telegrama del señor.

CECI. ¡Ah! ¿Viene?

RAF. No, señora; no viene.

CECI. *(Con calma, porque no sospecha nada, y queriendo coger el telegrama.)* A ver.

RAF. Es para mí, señora.

CECI. ¿Para ti? *(Alarmándose súbitamente.)* ¿Qué pasa? ¿Está enfermo?

RAF. No, señora...; enfermo no está...

CECI. Entonces..., ¿herido? *(Creciendo su alarma a medida que él no contesta, y creyendo que su marido ha muerto.)* ¡Dios mío!... ¿Es que...? ¡Habla!

RAF. No, señora; ¡eso, no! ¡Está vivo y sano!

CECI. ¡Alabado sea Dios! Pero... entonces..., ¿qué ocurre?

RAF. *(Bajando los ojos.)* ¿De veras, de veras no se figura nada la señora?

CECI. ¿Yo?

RAF. ¿No le sorprende a la señora que el señor lleve fuera tantos días sin escribir?

CECI. ¡Acaba de una vez! ¡Trae ese telegrama!

RAF. *(Defendiéndose.)* Señora...

CECI. ¡Trae acá! *(Le quita el telegrama con violencia y lee.)* "Feliz viaje..., Margarita." *(Repitiendo sin comprender.)* "Feliz viaje..., Margarita." ¿De dónde viene esto?

RAF. De Nueva York, señora.

CECI. ¿De Nueva York? Pero... ¿qué significa?

RAF. Pues significa, para que yo lo entienda, que el señor está en salvo..., vamos..., que ha podido escapar...

CECI. ¿Escapar? ¡No te entiendo! ¿De qué? ¿De quién?

RAF. De la justicia, señora. ¿De quién iba a ser?

CECI. *(Como una leona.)* Pero ¿qué dices?

RAF. La verdad, señora: que en este mundo redondo, quien mal anda, mal acaba.

CECI. ¡Eh!

RAF. Y..., vamos..., que el señor ha tenido que salir pitando, porque ha hecho una que ya es demasiado gorda y se tenía que saber... Puede que mañana mismo se sepa..., y puede que lo hubieran mandado a chirona...

CECI. *(Con espanto.)* ¡Un crimen!

RAF. *(Muy convencido.)* No, señora... Un crimen, no. Cosa de dinero.

CECI. *(En son de ofendida protesta.)* ¡Mi marido!

RAF. *(Molesto.)* Pero, señora, ¿es que no lo sabía la señora?

CECI. *(Aún más ofendida.)* ¿Yo? ¿Saber qué?

RAF. Saber o figurárselo. ¡Señó, más yano estaba que camino real! Tanto va el cántaro a la fuente...

CECI. No te entiendo. ¡Acaba de una vez! ¿Qué quieres decir?

RAF. *(Desanimado.)* Señora, que tenían ustedes cuatro mil duros de sueldo, y que usté y las niñas se encargaban ustedes los trajes a París, y que se iban ustedes a Madrid a pasar el invierno, y que tenían ustedes automóvil, ¡ea, sí, señora! ¿De dónde se podía figurar la señora que salía todo eyo? Pues de media provincia que se estaban ustedes comiendo...

CECI. ¡Jesús!

RAF. Y de las casas de juego...

CECI. ¡Calla!

RAF. Y de otras peores... y del hambre que pasan los niños de la Inclusa... *(Cecilia se deja caer en una silla y se tapa la cara con las manos.)* Y menos mal si hubiera sido sólo eso *(Con naturalidad.)*; que a eso ya está la gente acostumbrá y a nadie le choca; pero...

CECI. *(Levantando los ojos con angustia.)* ¿Pero.. ?

RAF. Pues na..., que pa acabarlo de arreglar, el otoño pasado quiso la señora ir a Biarritz, porque iba la del gobernador militar, y que fué la señora, y gastó lo que quiso, y se compró tantísimos sombreros..., y que ya lo dice la copla: "Pájaros con muchas plumas no se pueden mantener...", y como en esta casa to eran plumas..., pues hubo que echar mano de lo que se ofreciera..., y lo que se ofreció fueron los fondos del Patronato ése que dejó una señora de Londres pa hasé un hospital pa marineros inglese..., y que no quedó un reá, y que la semana que viene hay que dar cuentas..., y que de sobra sabe la señora lo que son los ingleses pidiendo lo que es suyo y lo que no lo es..., máxime más que esto sí que lo era...

CECI. *(Levantándose con desesperación.)* ¡Es mentira! ¡Es mentira! ¡Es una infamia! ¡Mientes como lo que eres!

RAF. *(Conteniéndose.)* ¡Señora!

CECI. *(Con espanto.)* ¡No puede ser!... ¡Mi marido!... *(Creyéndolo y sin querer creerlo.)* ¡No, no! ¡Es imposible! ¡Te digo que lo es! ¡Disponer así de un dinero que le han confiado! ¡No puede ser, no puede ser!

RAF. *(Bajando los ojos.)* ¡Hombre pobre y leña verde, arden cuando hay ocasión!

CECI. Pero entonces... estamos perdidos... Esto es el desastre, la ruina... *(Se deja caer en una silla y llora.)* ¡Dios mío, Dios mío! *(Rafael está en pie, con los ojos fijos en el suelo y las manos cruzadas a la espalda. Pasan por la calle marineros cantando como al principio del acto.)*

VOCES.
El pañuelo de mi niña,
que ella lavándolo estaba,
¡ay, ay, ay, que se le lleva el río!
¡Ay, ay, ay, que se le lleva el agua!

(Se oye lejana la rueda grande de fuegos arti-

ficiales que estalla, y la gaita y el tamboril, rumor de gentes que pasan por la calle y el estribillo de la copla, que se repite lejos.)

VOCES. *(Lejos.)*

¡Ay, ay, ay, que se le lleva el río!
¡Ay, ay, ay, que se le lleva el agua!

CECI. *(Levantando la cabeza con angustia.)* ¿Qué va a ser de nosotras?

RAF. *(Acercándose y sacando la cartera.)* Aquí hay tres mil pesetas que el señor me dejó pa que las entregara a la señora en cuanto que yegara el parte. Con otras dos mil que él yeva pa el viaje y pa poder entrá en Nueva York como emigrante, con un nombre supuesto, son todo lo que tiene en er mundo a la hora presente. Tome la señora. *(Deja el dinero encima de la mesa.)* Y disimule la señora el mal rato que no ha habido más remedio que darle. *(Se dirige a la puerta.)*

CECI. *(Levantándose con violencia.)* ¿Dónde vas?

RAF. *(Con firmeza.)* ¡Voy con mi amo, señora!

CECI. *(Con asombro.)* ¿Tú, tú?

RAF. Hasta er fin der mundo, sí, señora... A la madrugá sale un vapor der puerto.

CECI. ¡No te vayas, no nos dejes así!

RAF. Mi amo está solo y desamparao...; yo no tengo obligación con nadie de este mundo más que con él...; él me amparó a mí cuando yo tenía más hambre que Dios paciencia..., y eso no se me orvía..., y él lo sabe, que al marcharse me dijo: "No te digo adiós, que sé que me has de venir a buscar...; ayá te espero..."

CECI. *(Con rencor.)* A ti te dijo eso..., ¡a ti! ¿No tenía nadie mejor a quien decírselo?...

RAF. No sé si lo tendría, señora...; eyo es que a mí me lo dijo. Si me he quedao hasta hoy fué porque él mismo me lo pidió, porque no se fiaba de nadie pa darle a la señora este trago... Pero ya he cumplido con mi obligación y no me queda na que hacer en España...

CECI. *(Sujetándole.)* ¡Pero dime siquiera dónde está!... ¿Qué nombre ha tomado?

RAF. *(Hoscamente.)* ¡No lo sé!

CECI. *(Forcejeando con él, que quiere escapar.)* ¡Si lo sabes! ¡Y yo tengo derecho a saberlo también!

RAF. ¡Pa que mañana lo sepa media España!

CECI. ¿Qué dices?

RAF. ¡Las mujeres no saben guardar un secreto! Y señora: ¡la única salvación de mi amo es que to el mundo se figure que se lo ha tragao la tierra! ¡Déjeme usted marchar!

CECI. ¡No, no!

RAF. ¡Señora, por el amor de Dios, que si me quedo, tarde o temprano tengo que cantar, y antes quiero tragarme la lengua que perder a mi amo! ¡Buenas noches! *(Han ido peleando hasta la puerta, y al decir buenas noches se aparta bruscamente, dándola un empujón, y sale violentamente; ella, del empujón, cae en una butaca que hay en un rincón junto a la puerta, y se queda acurrucada y llorando. Entran riendo y cogidas del brazo Carmen y Elvira; sin reparar en su madre, pasan corriendo y se asoman al balcón para despedir a los que se suponen han quedado abajo; se oyen voces confusas de adiós desde la calle.)*

ELVIRA. CAR. } *(Pasando.)* ¡Ja, ja, ja, ja!

VOCES. ¡Adiós, adiós, buenas noches!

CAR. *(En el balcón.)* ¡Adiós, adiós, buenas noches!

ELVIRA. *(Riéndose de algo que le dicen.)* ¡Ja, ja, ja, ja! ¡Naturalmente! ¡A dormir ahora mismo! ¡No se me olvida, no!

VOCES. *(Confusas.)* ¡Adiós, adiós! *(Carmen y Elvira se vuelven sin entrar del todo, y hablan muy contentas en el balcón.)*

ELVIRA. ¡Ja, ja, ja! ¡Qué tonto! ¡Dice que no me olvide de soñar con él! ¡Ja, ja, ja!

CAR. *(Palmoteando.)* ¡Ay, corre una estrella! ¡Pide, pide, pide una cosa!

ELVIRA. ¡Ya está pedida!

CAR. ¿Qué?

ELVIRA. Es un secreto. ¿Y tú?

CAR. ¡Yo no pido nada! ¡Que me den lo que quieran! ¡De todos modos tengo que ser feliz, feliz, feliz como esta noche! ¿Verdad que hay días que no quisiera una que se acabaran nunca? ¡Y éste es el mejor de mi vida, porque ya soy mujer, porque voy a vivir, porque voy a querer a quien me quiera!... ¡Viva la vida! ¡Viva la vida!

ELVIRA. ¡Chiquilla, qué entusiasmo! ¡Ja, ja, ja! *(La madre las mira con espanto desde su sitio, mientras cae el*

TELÓN

ACTO SEGUNDO

Sala-comedor en una casa pobre de la clase media. Dos balcones al fondo, a la derecha dos puertas, y a la izquierda una en primer término. Aparador de nogal, chapeado; sillas vulgares de madera curvada, camilla. Junto al balcón, una mesita con máquina de escribir, papeles y algunos libros. En la pared, estante modesto con otros cuantos libros en rústica. En las otras paredes, algunas fotografías. La acción, en Madrid. Al levantarse el telón, doña Cecilia, muy acabada, con el pelo casi completamente blanco, está asomada al balcón, mirando a la calle y haciendo gestos como si despidiese a alguien. Viste una bata de percal bastante vieja, pero limpia, y lleva zapatillas. Tiene, a pesar de la pobreza de su atavío, un resto de dignidad en el porte y en la expresión.

CECI. *(En el balcón.)* ¡Adiós!... ¡Buen viaje! *(Entra con aire de desaliento.)* ¡Todo sea por Dios! *(Se sienta en una silla y se limpia los ojos con el pañuelo.)*

CALIX. *(Entra por el fondo. Es un muchacho de vein-*

tidós años, pobrísimamente vestido de americana, sin nada a la cabeza; viene frotándose las manos y estirando los brazos, como para descansar después de haber llevado un peso grande.) ¡Ea, ya está! ¿Sabe usted que pesaban las maletas? Pero, doña Cecilia, ¿está usted llorando? ¿Porque se ha marchado el don Enrique? ¡Digo si tiene usted el corazón sensible!

CECI. ¡Era el único huésped que pagaba, hijo! *(Suspira.)*

CALIX. *(Mirando al suelo con cierta confusión.)* Doña Cecilia..., yo... *(Rascándose suavemente la cabeza.)* De sobra sabe usted que también he pagado mientras he podido.

CECI. ¡Pero hace tiempo que no puedes!...

CALIX. ¡Por Dios, doña Cecilia, no me eche usted a la calle! ¿Qué estorbo le hago a usted?

CECI. Hijo, siento decírtelo; pero eres una boca más.

CALIX. *(Sonriendo.)* ¿A no comer? ¿Qué más le da a usted una más que una menos?

CECI. *(Sonriendo, a pesar suyo.)* ¡Calla, calla! *(Se levanta con aire de desaliento y se dirige a la puerta de la derecha.)*

CALIX. ¿Dónde va usted?

CECI. A aclarar un poco de ropa que tengo en lejía; no quiero que mi Carmen venga rendida de su trabajo y se ponga a lavar hasta las tantas.

CALIX. *(Con solicitud cómicamente patética.)* ¿Quiere usted que le saque el agua..., o que le barra la cocina..., o que le limpie a usted las botas?

CECI. Gracias, hombre, gracias; no necesito nada por ahora. *(Sale por la puerta de la derecha. Elvira, en falda de barros, a medio peinar, con un espejito en una mano y unas tenacillas en la otra; viene con aire de egoísta malhumor.)*

ELVIRA. *(Entrando.)* ¡Qué casa ésta! ¡No se ve gota en ninguna parte! *(Cuelga el espejito de la madera del balcón, se acerca a la mesa y coge un papel.)*

CECI. ¿Qué buscas?

ELVIRA. *(Con desabrimiento.)* Un papel para probar las tenacillas.

CECI. ¡Por Dios, hija, no revuelvas la mesa, que luego tu hermana se disgusta si se le pierde algo!

ELVIRA. Mi hermana se disgusta por todo, siendo cosa mía.

CECI. *(Con tristeza.)* ¡No digas eso, que de sobra sabes que no es verdad!

ELVIRA. *(Señalando un paquete que hay sobre la mesa envuelto en un papel blanco y atado con una cinta azul.)* ¿Qué es esto?

CECI. No lo sé; un recuerdo que ha dejado don Enrique para Carmen.

ELVIRA. *(Con envidia.)* ¡Para Carmen había de ser! *(Se riza el pelo mientras habla.)*

CECI. *(Suspirando.)* ¡Válgame Dios!

CALIX. ¡Dichoso él que puede regalar! Ahí tiene usted un hombre con suerte. A los veintitrés años acaba su carrera de médico, y se marcha a su pueblo a casarse con una prima rica que le está esperando. ¡Qué a gusto debe uno matar gente estando casado con una prima rica! ¿No habrá una prima rica en el mundo para este desgraciado?

MANO. *(Entrando.)* ¡Parece mentira que diga usté eso con veintidós años y todos los remos cabales! Buenas tardes, doña Cecilia; buenas tardes, Elvira. *(Manolita es una muchacha del pueblo de Madrid. Tiene veinte años, es bonita y alegre. Viste, como muchacha madrileña de oficio, falda de lanilla oscura, blusa de percal clara y pañuelo de crespón con flecos. Trae en la mano un bolsillo grande de piel barata.)*

CECI. *(Contestando afectuosamente al saludo de Manolita.)* ¡Buenas tardes! *(Elvira, que sigue rizándose el pelo, no se molesta en responder, y poco después desaparece, llevándose las tenacillas y el espejito.)*

CALIX. Buenas tardes, Manolita, aunque usted no quiera.

MANO. ¡Felices, Calixto! *(A doña Cecilia.)* Aquí está

el recibo de la casa, que me le ha dado la portera al pasar. Dice que luego subirá por los cuartos.

CECI. Sí; que no se olvide que es primero de mes. Déjalo ahí, a ver si viene Carmen, que habrá cobrado hoy. *(Sale por la derecha.)*

MANO. *(Mirándole salir y dejando el recibo sobre la mesa.)* ¡Pobre señora! ¡La verdad es que verse a sus años como se ve, después de haberse visto como se ha visto!...

CALIX. *(Queriendo ser amable a toda costa.)* Muy temprano se vuelve hoy del trabajo, Manolita.

MANO. ¡Temprano le parecerá a usté, que no habrá usté hecho nada en todo el santo día!

CALIX. ¡No se enfade usted! ¿Quiere usted que le limpie los zapatos?

MANO. *(Sonriendo.)* ¡Huy, huy, huy! ¡Qué galante está el tiempo! Eso es que quiere usté que le cosa yo algo.

CALIX. No necesito yo motivo ninguno para estar galante con usted; pero, en efecto, ya que es usted tan buena, si no le molesta a usted demasiado darme unas puntaditas aquí, en el forro de la americana. *(Abre la americana y enseña en el forro un gran desgarrón.)*

MANO. *(Riéndose.)* ¡Digo..., unas puntaditas! ¡Traiga usté, hombre, traiga usté! *(Calixto se quita la americana y ella se sienta en una silla, y, sacando del bolso avíos de costura, empieza a recoser la americana, y durante toda la escena siguiente cose mientras habla.)*

CALIX. *(En pie junto a ella y mirándola con admiración agradecida.)* ¡Es usted un ángel, Manolita!

MANO. *(Riéndose y mirándole de reojo.)* Pero ¿cómo se ha hecho usté este destrozo?

CALIX. Bajando las maletas de don Enrique, que pesaban más que un mal matrimonio.

MANO. ¡Ah! Pero ¿se ha marchado ya? ¡Póngase usté delante del balcón y quíteme usté la poca luz que entra!

CALIX. *(Separándose del balcón apresuradamente.)* ¡Usted perdone! Sí, señora; ahora mismo estará tomando el tren.

MANO. Así, sin despedirse, a la francesa.

CALIX. ¿Quiere usted más despedida que el banquete que nos dió anoche?

MANO. ¡Es verdad! *(Con ilusión.)* ¡Y poco bien que estuvo! ¡Lo que me gusta a mí la Bombilla de noche, con aquel fresquito que sube del río y lo bien que huele a tierra mojada! ¡Todavía me duelen las piernas de bailar!

CALIX. ¡Sí que se divirtió usted, sí!

MANO. ¡Anda éste! ¡Pues usté no se quedó atrás, sobre todo, empinando!

CALIX. Es que el vinillo aquél era traidor.

MANO. Dígamelo usté a mí, que esta mañana cuando cogí la aguja le veía seis ojos. Suerte que una dicha no viene nunca sola, y en la casa donde voy a coser hoy no ha habido costura, porque era el santo de la señora y había convidados, y la he estado ayudando a disponer la mesa. Por eso estoy de vuelta tan temprano, como dice usté, porque me ha dado suelta después de merendar. ¡Vaya un menú! Pollos en pepitoria, langostinos en salsa mayonesa, jamón en dulce, galantina de pavo, fresa, pasteles, café, jerez, benedictino...

SEBAS. *(Entrando, mientras Manolita dice estas últimas palabras.)* ¡Buen menú! *(Sebastián es un señorito de veintiocho años, miserablemente vestido, mal afeitado, con aspecto de "fracasado" absoluto.)*

MANO. ¡Ya lo creo!

CALIX. *(Mirándola con cierta voracidad.)* ¿Y de todo eso ha comido usted?

MANO. *(Relamiéndose.)* ¡No que no!

SEBAS. *(Que se ha sentado con desaliento.)* Pero, Manolita, ¿cómo se las arregla usted para comer todos los días?

MANO. ¡Toma! Trabajando todos los días.

SEBAS. Eso es lo que pregunto: ¿cómo se las arregla usted para encontrar trabajo?
MANO. Buscándole.
SEBAS. Es que yo le busco, pero no le encuentro.
MANO. ¡Claro! Como que no tiene usté oficio ni beneficio.
SEBAS. ¡Manolita, por Dios, que soy doctor en Filosofía y Letras!
MANO. *(Con sorna.)* ¡Y sabrá usté latín!
SEBAS. Y griego, sí, señora, y hasta un poco de sánscrito.
MANO. Lo que yo digo. Los hombres son ustedes muy sabios; pero no saben ustedes nada que sirva para nada. ¡Griego! ¿A quién le hace falta que sepa usté griego? En cambio, las mujeres somos muy ignorantes; pero da la casualidad de que lo poco que sabemos es lo que le hace falta a todo el mundo. Ya ve usté: coser, planchar, barrer, fregar los platos... ¡Cualquier día se muere de hambre una mujer que quiera trabajar! *(Levantándose y dando la americana que acaba de coser a Calixto.)* Aquí está la americana.
CALIX. *(Poniéndose la americana.)* ¡Gracias!
MANO. *(A Calixto.)* Y usté, ¿por qué no come?
CALIX. *(Suspirando.)* Porque no soy ni siquiera doctor.
MANO. Pero sabe usté limpiar botas.
CALIX. ¡Manolita, que soy hijo de un médico, nieto de un general de brigada, sobrino carnal, aunque desdeñado, de un director de Hacienda!
MANO. *(Interrumpiéndole.)* ¿Y le da a usted reparo cargar con el cepillo? Esa es otra. A los hombres les da vergüenza todo, menos el no tener vergüenza. *(Mientras aún está hablando Manolita, entra Carmen, que viene de la calle. Carmen trae mantilla de velo, un gabancito raído y zapatos no muy nuevos, aunque muy limpios. Los cinco años de penas que han pasado han dado un poco de gravedad a su rostro, pero sin quitarle por completo la chispa de entusiasmo*

y optimismo, que son la característica de su espíritu. Trae en la mano una gran cartera de piel con papeles de negocios dentro, un ramo de rosas vulgares y un libro en rústica.)

SEBAS. Es usted un misántropo tremendo.

MANO. ¿Qué quiere decir eso de misántropo?

CAR. *(Sonriendo.)* Que no te gustan los hombres, hija.

MANO. ¡Anda, que no! ¡La mar!

SEBAS. *(Sonriendo.)* ¿Siendo tan perversos?

MANO. ¡Qué se le va a hacer! También me muero por el pepino, y sé que me da cólico. *(Antes de guardar en el bolso los enseres de costura.)* ¿No hay por ahí ninguna otra chapuza? ¿Están en su sitio todos los botones? ¿No se ofrece nada? Ea, pues hasta otra y mandar. *(Carmen se ha estado quitando la mantilla y ha dejado sobre la mesa la cartera, las rosas y el libro.)*

SEBAS. ¡Es usted un tesoro!

CALIX. ¡Si tuviera un millón, me casaba con usted ahora mismo!

MANO. *(Viendo que Carmen mira el paquete que hay encima de la mesa.)* Eso es para ti: un regalo de don Enrique.

CALIX. ¡Que se vea, que se vea! *(Carmen desenvuelve el paquete con cierta ilusión; pero al ver que tiene dentro pañuelos y medias, se ruboriza un poco y baja los ojos.)*

MANO. ¿Qué es?

CAR. *(Sonriendo con rubor y un poco de esfuerzo.)* Una docena de pañuelos..., y otra de medias...

SEBAS. *(Con asombro.)* ¡Pañuelos..., medias!

CALIX. ¡Vaya un regalo fino para una señorita!

CAR. ¡Pobre señor! Hay que agradecerle la intención...

MANO. Y la oportunidad, porque lo que es falta, te harían.

CAR. *(Avergonzada.)* Sí; pero...

CALIX. Un caballero fino no le regala a una señorita más que flores o dulces.

CAR. El pobre es de pueblo, y no está en los toques; no se hable más. *(Ata el paquete con prisa y lo deja a un lado.)*

CALIX. ¡Es un ordinario!

MANO. ¡Es un hombre con sentido común! A ver, ¿no hay un valiente *(Levantándose con gracia un poquito la falda y enseñando el pie.)* que me regale a mí un par de botas? ¡Animarse! ¿Ni siquiera por suscripción? ¿No? ¡Qué le hemos de hacer! Otra vez será. *(Recogiendo su saco.)* Voy a poner lechuga a mi canario, que estará muertecito de sed con el calor que ha hecho.

CALIX. ¡No está mal canario! Es el grillo ése que se pasa la vida escandalizando.

SEBAS. Dígale usted que se calle siquiera de noche, que nos quita el sueño.

MANO. ¡A buena hora! ¡Poquitas cosas dulces que sueña su ama oyéndole cantar!... Aliviarse. *(Sale.)*

SEBAS. ¡Es mucha mujer esta Manolita!

CAR. *(Con entusiasmo.)* No lo sabe usted bien. Valiente como pocas, y buena como nadie. ¡No tiene padres, no tiene familia, trabaja como una negra y está siempre más alegre que unas castañuelas! ¡Ella sola ha aprendido a leer, a escribir, a coser, a vivir! ¡A vivir, sobre todo! Siempre está dispuesta a hacer un favor, siempre le sobra un real para dárselo al primero que lo necesite. ¡Y decente! ¡Con lo bonita que es y sola por el mundo, y parece que la va guardando toda una escolta real!

SEBAS. ¡Sí que son ustedes valientes las mujeres!

CAR. *(Sonriendo.)* Regular.

SEBAS. ¡Valen ustedes setenta veces más que nosotros!

CAR. *(Sonriendo.)* Como que vamos a arreglar el mundo que ustedes han echado a perder.

CALIX. No podrán ustedes. No tiene remedio.

CAR. Usted lo ha de ver. *(Con gracioso entusiasmo.)* En cuanto tengamos nosotras la sartén por el mango, se acabó el pan caro, se acabó el aguar-

diente barato, se acabó el andar por las calles los chiquillos pidiendo limosna, y las mujeres ofreciendo... eso; se acabaron los hijos sin padre y se acabaron las madres sin honra. ¡Ya verán, ya verán ustedes lo bien empedrado y mejor barrido que va a estar Madrid en cuanto una mujer sea alcalde de la villa y corte! *(Calixto y Sebastián se ríen.)* Sí, sí; ríanse ustedes. *(Entra doña Cecilia.)* ¡Hola, madre!

SEBAS. *(Levantándose.)* ¡Buenas tardes, doña Cecilia!

CECI. ¿Ya está armado el club? ¿Ya están ustedes arreglando el mundo? Pues no necesitamos más. *(A Sebastián.)* Ahí tiene usted una carta del interior.

SEBAS. *(Con ilusión.)* ¿Dónde?

CECI. Encima del aparador. *(Sebastián se acerca al aparador, coge la carta con afán y rompe el sobre.)*

CALIX. Mucho le interesa a usted.

SEBAS. *(Rompiendo el sobre.)* A ver si es la contestación de un colegio donde necesitaban profesor de latín... *(Lee.)*

CECI. ¿Qué?

SEBAS. *(Con desaliento.)* El sastre que me pide diez duros que le debo...

CECI. *(Con rebeldía.)* ¡Todo sea por Dios!

SEBAS. *(Acercándose a doña Cecilia.)* Doña Cecilia, yo espero que esta misma semana encontraré algo en alguna parte. La mala racha no puede durar tanto, estoy seguro...; pero si usted piensa que no tengo derecho a seguir abusando por más tiempo de la bondad de ustedes, dígamelo usted con franqueza... Me iré esta misma noche..., no sé dónde..., pero me iré...

CECI. Yo... Usted comprende que...; pero, en fin, mientras no venga otro, en la alcoba puede usted seguir.

SEBAS. Gracias, señora. *(Sale.)*

CALIX. Doña Cecilia, ¿me manda usted algo?

CECI. Que te quites de en medio.

CALIX. Sí, señora. *(Sale.)*

CECI. *(Acercándose a Carmen.)* ¿Has cobrado?

CAR. Sí. *(Saca del bolsillo un billete de cincuenta pesetas, uno de veinticinco, cuatro duros en plata y cuatro pesetas en moneda menuda.)* Aquí está... Veinte duros. Qué poco abultan, ¿eh? *(Separando el billete grande.)* Los diez para el recibo de la casa, que ya le veo aquí.

CECI. *(Con angustia.)* ¿Has cambiado uno?

CAR. *(Sonriendo.)* Sí; para comprar estas rosas y este libro en un puesto de viejo: una peseta en junto.

CECI. *(Con reproche tímido.)* ¡Hija, de cincuenta que nos quedan para todo el mes!

CAR. *(Con optimismo.)* ¡Por lo mismo! ¡De perdidos, al río! *(Se ríe.)*

CECI. *(Dolorosamente.)* Sí, sí; ríete...

CAR. ¡No te apures, madre, que a lo más oscuro amanece Dios! Anda, ponte esta rosa en el moño, verás qué guapa estás. *(Abraza a su madre y le pone una flor en el pelo.)*

CECI. ¡Ay, Señor! *(Recoge el dinero y va a salir. Cuando ya está en la puerta, Carmen dice, afectando no dar importancia a lo que pregunta.)*

CAR. *(Con afectada indiferencia.)* ¿No ha venido Mariano por aquí?

CECI. *(Con desabrimiento.)* ¡No ha venido, no!

CAR. *(Como si hablase para sí.)* Es extraño.

CECI. ¿Por qué?

CAR. Porque hace lo menos diez días que no viene.

CECI. *(Con aspereza.)* ¿A qué va a venir?

CAR. *(Con suavidad.)* A lo de siempre: a vernos.

CECI. *(Con mal humor.)* ¡A volverte a ti el juicio con sus botaratadas!

CAR. *(Con suavidad dolida.)* ¿Por qué dices eso?

CECI. ¡No sé qué gusto sacas en tener amistades con semejante charlatán!

CAR. *(En tono de súplica.)* ¡Madre!

CECI. *(Excitada.)* Nunca le he podido sufrir con paciencia; pero tú has heredado la debilidad que tenía tu padre por él.

CAR. ¡Paz a los muertos, madre! *(Con emoción.)*

CECI. Es un tarambana, un loco y, además, una mala persona...

CAR. *(Cediendo con dulzura ante la exaltación de su madre.)* ¡Bueno, madre, bueno...; allá él! *(Conciliadora.)* Después de todo, ¿a nosotras qué nos importa?

CECI. ¡Ojalá no nos importara! *(Sale. Carmen mira salir a su madre con cariño y tristeza. Arregla sobre la mesa los papeles que ha traído en la cartera, mira un instante por el balcón, pone las rosas en un vaso, echando en él agua de la botella que hay en el aparador, y vuelve a acercarse al balcón y a mirar a la calle. Va oscureciendo lentamente, y antes de terminar el acto, ha anochecido por completo. Sale Elvira; ha terminado de vestirse y componerse con afectación de elegancia, a pesar de la pobreza de los trapos que lleva encima. Va de sombrero y lleva en la mano un par de guantes de seda clara. Asoma con precaución y quiere atravesar el comedor para salir a la calle sin que Carmen la vea; pero Carmen se vuelve y la ve.)*

CAR. *(Con seriedad.)* ¿Sales ahora a la calle?

ELVIRA. *(Con afectada indiferencia y queriendo pasar.)* Sí; hasta luego.

CAR. ¿Dónde vas?

ELVIRA. *(Afectando indiferencia.)* ¿Dónde quieres que vaya?

CAR. *(Con severidad.)* ¿Dónde vas?

ELVIRA. *(Echándolo por la tremenda para salir del paso.)* Donde me parece, ¡ea! ¿A ti qué te importa? *(Se dirige hacia la puerta. Cuando Elvira va a salir, Carmen, dominándose, la llama con dulzura.)*

CAR. *(Con cariño.)* ¡Elvira!

ELVIRA. *(Sin expresión, volviendo la cabeza, ya en la puerta.)* ¿Qué?

CAR. *(En tono de súplica.)* ¡No salgas..., te pido que no salgas!

ELVIRA. *(Con violencia.)* Pero ¿adónde te figuras que voy?

CAR. *(Insistiendo, en tono cariñoso.)* ¿Dónde vas?

ELVIRA. *(Sin rencor, pero molesta, acercándose a Carmen.)* ¡Ay, hija, qué pesada te pones! Donde todos los días: a casa de doña Enriqueta.

CAR. *(Un poco nerviosa.)* Es decir, a casa de la madre de Carlos.

ELVIRA. Sí: a casa de la madre de Carlos. ¿Qué hay? *(Reparando en que Carmen la mira fijamente.)* ¿Qué me miras?

CAR. ¿Qué pendientes son esos que llevas?

ELVIRA. *(Con bastante confusión.)* Ya lo ves...: son... unos pendientes.

CAR. *(Con alarma y reproche.)* ¡De perlas!

ELVIRA. *(Mintiendo.)* ¡Son falsas!

CAR. *(Con violencia.)* ¡Son buenas!

ELVIRA. *(Muy alterada.)* ¡Son falsas!

CAR. *(Dominándose.)* Aunque lo sean..., ¿quién te los ha dado?

ELVIRA. *(Vacilando.)* Doña Enriqueta.

CAR. *(Mirándola fijamente.)* ¿Estás segura de que no ha sido Carlos?

ELVIRA. *(Molesta.)* Y aunque lo fuera... No sé qué tiene de particular.

CAR. *(Con dolor.)* ¡Elvira!

ELVIRA. *(Queriendo salir del paso con una mala razón.)* También a ti te regalan. *(Señalando al paquete de pañuelos y medias que está sobre la mesa.)* ¡Ya ves!

CAR. *(Con amargura.)* ¡Ya veo!... Pañuelos..., medias... ¡y de algodón! El regalo de un huésped, que se va, a la criada. Me ha visto tantas veces barrerle el cuarto... ¡Y no se habrá atrevido a darme diez pesetas de propina!... ¡Es muy distinto, Elvira!

ELVIRA. Distinto, ¿por qué? Regalo de criada el tuyo; regalo de señorita de compañía el mío. ¡No sé qué es peor! ¡Carlos me ha visto tantas veces leyéndole el periódico a su señora madre, para que se duerma!... *(Con amargura rebelde.)*

¡Ay, Dios mío, Dios mío! Además, Carlos me conoció en tiempos mejores... Hasta creo que me quiso un poco. Aquella noche..., que nunca se me olvida..., si yo hubiera querido..., al volver de los fuegos en el muelle... ¡Ya lo creo!

CAR. Y a la mañana siguiente..., aunque hubieses querido tú... ¡Ya viste qué prisa se dió a volver las espaldas!

ELVIRA. Es natural: ¡yo hubiese hecho lo mismo con él!

CAR. *(Con asombro.)* ¡Queriéndole!

ELVIRA. *(Con desengañada amargura.)* ¡Bah, nadie quiere a nadie!

CAR. *(Con dolor.)* ¡Elvira!

ELVIRA. Y además, ¿qué importa lo pasado? Me ha vuelto a encontrar en casa de su madre...; me tiene simpatía...; le duele verme como me ve..., sí; me ha regalado los pendientes... y esta "écharpe"... y cuatro tonterías..., flores..., dulces... ¡Qué importa!

CAR. *(Con violencia.)* ¡Importa mucho, porque se va a casar!

ELVIRA. *(Con rencor celoso.)* ¡Con una estúpida!

CAR. *(Con reproche.)* ¡Elvira!

ELVIRA. *(Con ira dolorosa.)* Con una mujer rica..., como yo entonces... hija de gobernador..., como yo entonces...

CAR. *(Con elocuencia digna y desolada.)* ¡Elvira, Elvira! Por el amor de Dios, que estás en un camino imposible. ¡Los hombres no dan nada por nada! ¿Dónde vas a parar?

ELVIRA. No lo sé... *(Carmen la mira con espanto.)* Sí; tienes razón. *(Con sinceridad.)* El camino es malo...; es imposible que esto siga así mucho tiempo, porque él exigirá, y yo no estoy dispuesta a conceder... No puede seguir..., no puede seguir...; pero ¡que dure siquiera un poco más!

CAR. *(Con espanto.)* ¡Es que le quieres!

ELVIRA. *(Con rencor y desprecio infinitos.)* ¡Yo! ¡Quererle yo, después de lo pasado! ¡Ni a él ni a

nadie! Pero aquí *(Precipitándose en amargura desatinada.)* nos ahogamos de miseria, y en casa de su madre hay lujo, hay abundancia, hay calor en invierno, hay alfombras, hay muebles, hay comodidad. ¡Es de ellos, ya lo sé! Pero yo la disfruto mientras estoy allí... Yo no puedo vivir, ¡porque no es vivir como aquí vivimos!.. ¡No puedo! ¿Qué vais a cenar esta noche? *(Carmen hace un gesto ambiguo.)* Pues yo allí cenaré lo mejor que haya habido en la plaza ... estaré entre gentes de mi clase...; me ahogo en esta ordinariez...; ¡estos huéspedes!... Tal vez me llevarán al teatro, me traerán aquí en automóvil...

CAR. *(Desesperada.)* ¡Pero en el automóvil no vendrás sola! ¡No vuelvas a esa casa!

ELVIRA. ¡No pidas imposibles! Yo no soy como tú. No me resigno a andar con los zapatos rotos. ¡Me da tanta vergüenza la miseria, como si fuera un crimen!...

CAR. ¡Por Dios!

ELVIRA. Ya ves...: llevo dos guantes de la mano izquierda..., porque siempre rompo primero los de la derecha, y así puedo decir, para disculpa de no llevarlos puestos, que al salir de casa los cogí equivocados...

CAR. *(Con piedad.)* ¡Elvira!

ELVIRA. No soy como tú..., no soy como tú...; no sé hacer nada que sirva para nada..., y aunque supiera, ¡no he nacido mujer, no he nacido bonita para destrozarme las manos sobre una máquina de escribir! Te admiro, te tengo envidia..., a veces hasta rabia; pero no puedo, soy cobarde, no puedo. *(Se deja caer en una silla y solloza desesperadamente. Carmen, en pie junto a ella, la mira con piedad y calla. Entra doña Cecilia y se queda mirándolas con angustia.)*

CECI. *(Entrando.)* ¿Qué os pasa, hijas? ¿Ya estáis disputando otra vez?

CAR. No, madre; no es disputar...; es que yo le es-

taba diciendo a Elvira... *(Elvira, sin decir palabra, se levanta con violencia y sale por la puerta que da a la calle. Carmen, sobrecogida en un principio por la rapidez de la acción de Elvira, se queda inmóvil, casi con la boca abierta; luego la llama.)* ¡Elvira! *(Por toda respuesta se oye un portazo. Carmen se pasa la mano por la frente, como para despertar de una pesadilla. Con repentino arranque, acercándose a su madre.)* ¡Madre!

CECI. *(Con susto, porque sospecha lo que Carmen le va a decir.)* ¿Qué quieres, hija?

CAR. *(Con vehemencia.)* ¡Madre..., no debes consentir que Elvira salga sola, que vaya donde va!

CECI. *(Tímidamente.)* Pero... ¿por qué?

CAR. *(Sordamente.)* Es joven..., es bonita... *(Exaltándose.)* ¡Está en peligro, madre, te lo juro! ¡Mira por ella! *(Doña Cecilia, por toda respuesta, se echa a llorar.)* ¡No llores, madre! *(Con un poco de violencia.)* ¡Por el amor de Dios, no llores, que con llorar no se adelanta nada!

CECI. *(Con apuro casi infantil.)* ¿Te enfadas conmigo? ¿Qué quieres que haga?

CAR. *(Con un poco de sequedad.)* ¡Mandar como debes!

CECI. *(Con espanto.)* ¿Mandar? ¿Yo mandar? Si ya no soy nadie, si ya no tengo alma para nada... Vosotras, que ya sois mujeres... Todo está en vuestras manos..., en las tuyas..., porque tú eres más buena y más valiente, porque sabes más.

CAR. *(Apartándose un poco y como si hablase consigo misma.)* ¡Es que yo no puedo con todo!

CECI. *(Viendo la actitud un poco seria de Carmen, apela al recurso de las mujeres débiles cuando quieren desarmar a un hombre, y dice entre suspiros y llantos.)* Es verdad... Tienes razón... Si no nos tuvieras a nosotras, con lo que sabes, con lo que ganas, podrías vivir tan rica-

mente... ¡Somos la piedra que te has atado al cuello!

CAR. ¡No digas eso!

CECI. *(Continuando.)* ¡Yo ya poca guerra te puedo dar!...

CAR. *(Acercándose a ella.)* ¡Madre!

CECI. *(Sintiéndose de nuevo protegida, arrecia en sus lamentaciones.)* ¡Soy vieja, muy vieja!

CAR. *(Sonriendo, a pesar suyo.)* No tienes cincuenta años.

CECI. ¡Tengo un siglo! *(Ya con sinceridad.)* ¡Estos cuatro años de miseria negra, de humillación, de frío!... ¡Sin ninguna esperanza, desde que supimos la muerte de tu padre! ¡No puedo más! *(Con egoísta pero conmovedora compasión de sí misma.)* ¡Yo no había nacido para esto! *(Con ternura maternal.)* ¡Ni vosotras tampoco, hijas de mi vida! *(Con rencor de mujer.)* ¡Tu padre nos perdió!

CAR. *(Con apasionada protesta.)* ¡Mi padre se perdió por nosotras! *(En voz baja y mordiendo las palabras.)* ¡Es muy distinto! Nosotras fuimos la causa de su ruina. ¡Nosotras tenemos la culpa de su muerte!

CECI. *(Viendo que ha dado un paso en falso.)* ¡Me quiero morir!

CAR. *(Acercándose a ella con piedad y acariciándola como a un niño.)* ¿Por qué?... Ea, no llores... Si se va a arreglar todo. Tienes razón: no te volveré a hablar de cosas tristes... Perdóname...; es que yo algunas veces veo visiones... Límpiate esas lágrimas. *(Le limpia los ojos con el pañuelo.)* De todo saldremos... Mira, hoy traigo trabajo extraordinario..., unas cartas para uno de los jefes de mi escritorio, don Julián Rovira, ese señor tan rico que ha venido de América, y que paga tan bien. *(Con afectación de alegría.)* ¡Lo menos seis pesetas me gano esta noche! ¡No se llora más! *(La besa en la frente.)*

CECI. *(Sorbiéndose las lágrimas como una criatura.)* ¿No estás disgustada conmigo?

CAR. No.

CECI. ¿Ni con tu hermana?

CAR. No.

CECI. *(Levantándose.)* Es muy buena.

CAR. *(Que quiere acabar.)* Sí, madre.

CECI. *(Insistiendo.)* Pero no es como tú... Tú eres como un hombre...

CAR. *(Queriendo acabar.)* Eso es...: como un hombre...

CECI. Por eso... algunas veces no puedes comprender...

CAR. *(Empujando a su madre suavemente.)* Anda..., anda a refrescarte esa cara...; ¡se acabó! Yo voy a trabajar un rato... Anda. *(La besa.)* No llores más... no te apures. *(Entra Manolita, que trae un cestillo con labor de costura y la jaula del grillo encima de la labor. Doña Cecilia sale, y desde la puerta se vuelve hacia su hija y la mira con expresión de animalejo castigado. Carmen le hace un gesto cariñoso, y ella, ya tranquila, sale. Carmen, después de encender la luz eléctrica, porque ya ha oscurecido por completo, se acerca a la mesa, donde Manolita ha dejado también su cesta y su jaula.)*

CAR. *(Mirando salir a su madre, con piedad más de madre que de hija.)* ¡Pobre madre mía! *(Volviéndose a Manolita.)* ¿Tú la encuentras muy mal?

MANO. ¡Qué quieres que te diga! Está muy acabada.

CAR. *(Con un poco de exaltación.)* Yo, a fuerza de mirarla, ya no veo; pero me parece que hace un poco de tiempo está peor..., más abatida, y al mismo tiempo..., así como excitada... ¡Verdad que todo está tan malo! Nadie encuentra trabajo, nadie paga; esto no es una casa de huéspedes: es un asilo.

MANO. Sí; donde unos cuantos señoritos gorrones duermen bajo techado, gracias a que tú ganas para pagar el alquiler del cuarto. ¡Mira tú que

son desahogados! Están viendo que no hay un pedazo de pan, y aquí siguen tan ternes... ¡Si es de lo que no hay! Pues no ha tenido calma tu madre de subirle buñuelos para el chocolate al don Sebastián esta misma mañana, porque dice que el pan no le sienta. ¡Angela María! ¡Que no le sienta el pan! Ya le sentaría yo las costuras si fuera que tu madre; pero ella, la infeliz, como ha sido señora y tiene educación, todo lo arregla con llorar.

CAR. *(Con exaltación.)* ¡Ay, si yo fuera hombre, para ganarle lo que necesita, aunque fuera arrancando piedras con los dientes! Pero ¿dónde va una mujer? Ya ves: yo sé partida doble, sé taquigrafía, sé escribir a máquina, sé francés, trabajo nueve horas al día ¡y gano veinte duros! Y que no falten.

MANO. ¡Y que lo digas!

CAR. Y esta semana no puedo quejarme, que traigo trabajo extraordinario casi todos los días.

MANO. ¿Y te vas a pasar la noche escribiendo?

CAR. Con eso disfruto del fresco, que hoy en la oficina ha hecho un calor...

MANO. Pues mira, yo también tengo una chapuza de costura *(Va haciendo lo que dice.)*; de modo que si quieres te acompaño, y con eso gastamos la mitad de la luz. Abrimos el balcón, echamos la persiana, ponemos el tiesto de albahaca aquí junto a las rosas, colgamos ahí el grillo y noche de verbena.

CAR. *(Riéndose.)* El que no se consuela es porque no quiere.

MANO. *(Sentándose a coser.)* ¡Ajajá! *(Ligera pausa. Carmen escribe y Manolita cose y canta bajito. Pasa doña Cecilia con un velito miserable a la cabeza y un serillo de los de ir a la compra en la mano.)*

CECI. *(Pasando.)* Voy a buscar la cena. *(Sale. Pasado un instante, aparece Calixto en la puerta.)*

CALIX. *(Entrando.)* ¿Estorbo?

MANO. No; pero no hace usted falta ninguna.

CALIX. Ustedes disimulen. *(Se acerca al balcón y bebe a chorro en el botijo.)*

MANO. ¡Bébase usted la horchata, si le parece! ¡A ver con qué refrescamos nosotras a media noche!

CALIX. *(Obsequioso.)* Está casi vacío. ¿Quieren ustedes que le vaya a llenar?

MANO. Sí; pero vaya usted a llenarle a la Fuentecilla a ver si tarda usted un rato en volver. *(Sale Calixto con el botijo.)* ¡Ay qué zángano! *(Carmen termina una carta, la relee y se frota las manos para descansar.)* ¿Sabes a quién he visto esta mañana? A Mariano.

CAR. *(Con emoción.)* ¿A Mariano? ¿Dónde?

MANO. En la Puerta del Sol. Iba en una "manuela" con un franchute. Tan finchao como siempre. No me vió..., o no me quiso ver. Como llevaba traje nuevo, le daría vergüenza acordarse del sin fin de veces que le he zurcido los pantalones.

CAR. *(Sonriendo.)* Eso no; orgulloso no es.

MANO. Chica, chica, ¡cómo le defiendes!

CAR. *(Con un poco de rubor.)* ¿Yo?

MANO. ¡A que va a tener razón tu madre, que dice que te tiene vuelto el juicio!

CAR. *(Con un poco de rubor.)* No es eso...; pero como le conozco desde que era chica *(Suspirando.)*, desde que vivía mi padre..., y luego ha estado tanto tiempo aquí en casa, de huésped, le tengo simpatía... Además, pensamos lo mismo en tantas cosas... y hemos hablado tanto, tanto de todo... que la verdad...

MANO. Que la verdad, le quieres.

CAR. No lo sé...; es decir, algunas veces he pensado..., sueños que una se forja para pasar el rato...; pero ya ves con qué fundamento... El a mí nunca me ha dicho nada; así es que ni siquiera sé si me quiere.

MANO. *(Muy interesada.)* ¿Y te importa saberlo? Pues, hija, lo que es yo pronto había salido de dudas.

CAR. ¿Qué ibas a hacer?

MANO. *(Muy decidida.)* Echarme otro novio esta misma noche. Aunque fuera Calixto.

CAR. ¿Y qué adelantabas con eso?

MANO. ¡Toma! ¡Ver por dónde respiraba él!

CAR. ¿Tú qué crees?

MANO. Lo primero, que tú eres una prima y que el es un estúpido.

CAR. *(Riéndose.)* ¡Manolita!

MANO. ¡A ver, qué vida! A ti te gusta él; él se lo figura; tú te figuras que le gustas a él, y cuando os quedáis juntos seguís hablando de todo eso de la guerra y la paz, y de si debe o no debe de haber soldados en el mundo, y si el dinero debe ser de los ricos o de los pobres... ¿Y para eso sois los dos tan leídos y tan escribidos? ¡Pues vale la pena de gastarse los cuartos en comprar libros viejos!

CALIX. *(Apareciendo en la puerta.)* ¿Hay permiso?

MANO. ¡Ya está usté aquí otra vez!

CALIX. Sí, señora; a traer el agua. *(Pasa a dejar el botijo en el balcón, y dice mientras anda.)* Ahí viene el anarquista.

CAR.
MANO. } *(A un tiempo, pero con diferente expresión cada una.)* ¡Mariano!

CALIX. *(Acercándose a ellos.)* En la puerta está hablando con Sebastián.

MANO. *(Levantándose vivamente.)* Pues véngase usté conmigo a la cocina, que le quiero contar a usté un secreto.

CALIX. Al infierno que sea voy yo con usted. *(Sale.)*

CAR. *(A Manolita.)* ¿Te marchas?

MANO. ¡No que no!

MARIA. *(Apareciendo en la puerta.)* ¿Se puede?

MANO. ¡Adelante! ¡Jesús y qué caro se vende usté! Desde que anda usté en coche, no quiere usté nada con los pobres.

MARIA. *(Entrando.)* Veo que están ustedes trabajando. ¿Estorbo?

MANO. Al contrario. No sabe usté lo a tiempo que

llega. Carmen y yo tenemos una duda, y usté es el único que nos puede sacar de ella.

MARIA. Usted dirá.

MANO. No, no. Carmen es la que tiene que decir. Vaya, hasta luego, que no quiero estorbar. *(A Carmen.)* En cuanto se despeje la incógnita tocas el timbre. *(Sale.)*

MARIA. *(Acercándose a Carmen.)* ¿Qué dice Manolita de dudas y de incógnitas?

CAR. *(Un poco confusa.)* Tonterías suyas. Siempre está de broma.

MARIA. *(Con afectación.)* ¡Dichosa ella que puede estarlo!

CAR. *(Ya serena y con simpático optimismo.)* De broma, no; pero de buen humor, todos podemos estar queriéndolo. ¡Nunca falta un rayo de sol, aunque sea chico, para alegrar el día más negro!

MARIA. ¡Eres optimista!

CAR. *(Con ilusión.)* ¡Tengo veintidós años, y esperanza para medio siglo! *(Acercándose a él.)* ¿Tú no?

MARIA. ¡Cuando estoy contigo, sí que me dan ganas de esperar en todo! ¡Tienes el optimismo contagioso, chiquilla!

CAR. *(Con burla ilusionada.)* Y tú debes tener muchísimo miedo de que se te contagie.

MARIA. ¿Por qué?

CAR. Por lo caro que te vendes, como dice Manolita. Ya creíamos que te habías muerto.

MARIA. Por lo visto lo tomabais con filosofía. Desde la escalera os he oído reír.

CAR. *(Con ternura.)* Hijo, los pobres no podemos llorar, porque si se nos echan a perder los ojos, ¿con qué nos vamos a ganar la vida?

MARIA. *(Acercándose a ella con emoción momentánea.)* ¡Carmen!

CAR. *(Con impaciencia de amor.)* ¿Qué?

MARIA. *(Arrepentido y apartándose un poco.)* Nada...

CAR. *(Con un poco de decepción.)* ¡Jesús, qué susto me has dado con esa cara fúnebre que has

puesto! *(Se sienta a la mesa.)* ¿No te sientas?

MARIA. *(Sentándose y después de una pausa breve.)* ¿Estabas escribiendo?... ¿Tienes mucho que hacer?

CAR. *(Sonriendo.)* ¡Bah! ¡La noche es larga!

MARIA. *(Con decisión repentina.)* ¡Tengo que decirte una cosa!

CAR. *(Turbada por la esperanza.)* ¿A mí?...

MARIA. Por eso no he venido estos días...

CAR. ¡Ja, ja, ja! Tiene gracia. Me tienes que decir una cosa y por eso no vienes a verme. ¿Tan mala es? ¿Has cometido un crimen? ¡Confiesa, hombre, confiesa!

MARIA. ¡Eres la mujer más buena del mundo!

CAR. *(Con broma cariñosa.)* ¡Malo, malo! ¡Penitente que empieza con adulaciones mucho tiene que hacerse perdonar!

MARIA. ... La más inteligente, la más generosa. Todo lo poco bueno que he pensado desde que te conozco, te lo debo a ti; todas las energías, todos los entusiasmos, me han venido de ti.. ¡he aprendido de ti tantas cosas!

CAR. *(Con emoción.)* ¡Pues mira tú que yo sé también mucho!

MARIA. *(Con un poco de exaltación.)* Sabes lo que vale más que nada, lo que no se aprende en los libros; sabes pensar con lógica y sentir con justicia, y en eso has sido mi única maestra. Sabes vivir. Has venido al mundo como a una fiesta, y ese optimismo tuyo, inquebrantable como una religión, es lo único que me ha dado valor en tantas horas de pobreza y de angustia. Cuando está uno a tu lado y te oye reír con hambre y con frío, le da a uno vergüenza de ser hombre y de ser tan cobarde.

CAR. *(Un poco desconcertada.)* Pero... ¿por qué me dices eso ahora?

MARIA. *(Con un poco de precipitación.)* Porque debo decírtelo ahora, precisamente. Ahora, precisamente, necesito que sepas que la única nobleza

de toda mi vida ha sido esta amistad que ha habido entre tú y yo.

CAR. *(Sin comprender del todo y esforzándose por conservar su ilusión.)* Ha sido... esta amistad... ¿Por qué hablas en pasado? Parece que estás haciendo testamento...

MARIA. *(Con afectación de fatalidad.)* Casi, casi.

CAR. *(Con alarma.)* ¡Qué dices!

MARIA. Carmen..., he encontrado una colocación.

CAR. *(Con alegría intensa, olvidándolo todo.)* ¿Sí? ¿Dónde? Me dijo Manolita que ibas en un coche con un francés.

MARIA. Con un inglés...; da lo mismo. Sí, con el gerente de una Compañía que explota en Africa el transporte a Inglaterra del aceite de palma... *(Muy de prisa.)* Me envían a una sucursal en Sierra Leona.

CAR. *(Sin voz.)* ¿Te marchas?

MARIA. Sí, me voy... esta misma noche... *(De prisa.)* Eso es lo que tenía que decirte...

CAR. *(Sordamente.)* Te marchas... esta misma noche... ¿Y hasta hoy no lo has sabido?

MARIA. *(Disculpándose.)* Lo sé... hace una semana; pero no he tenido valor para venir a decírtelo antes.

CAR. *(Con firmeza.)* ¿Por qué?

MARIA. ¡Me da tanta pena despedirme de ti..., acaso para siempre!

CAR. ¿No piensas volver nunca? Africa no es el fin del mundo.

MARIA. *(Con insinceridad.)* Cuando uno se marcha, no sabe nunca si volverá... Voy a luchar por la vida como una fiera... Puede que con la vida pague la lucha. *(Con afectación de escepticismo.)* ¡Eso es lo de menos! ¡Si vieras lo poquísimo que me importa la muerte! *(Acercándose a ella.)* ¡Adiós, Carmela, y gracias por todo lo que has hecho por mí!... ¡Que Dios te lo pague y te haga muy feliz!

CAR. *(Secamente.)* ¡Gracias! *(Acercándose a la puerta, llama.)* ¡Manolita!

MARIA. *(Con fingida emocion.)* ¡Yo no lo olvidaré nunca, nunca!

CAR. *(Con fingida indiferencia.)* ¡Bah..., no es para tanto!

MANO. *(Entrando con regocijada curiosidad.)* ¿Llamabas?

CAR. *(Secamente.)* Sí, para que te diga adios Mariano, que se ha venido a despedir.

MANO. *(Que se queda casi sin respiración a fuerza de asombro.)* ¿Dónde se marcha usté?

MARIA. *(Queriendo sonreír, pero sin poder conseguirlo.)* A Africa, Manolita, para lo que usted guste mandar.

MANO. *(Que se da cuenta de la situación, con un poco de sorna.)* ¿A Africa? ¿Donde están los moros?

CAR. *(Con burla sangrienta.)* Un poco más abajo, donde están los cafres. *(Mariano la mira y baja la cabeza como avergonzado.)*

MANO. *(Con sorna.)* Vaya, pues que sea para bien y que encuentre usté por aquellas tierras una negrita de buen corazón.

CAR. *(Deseando acabar.)* No le entretengas, que se marcha esta noche y va a perder el tren. *(Hasta el fin de la escena hace violentísimos esfuerzos por dominarse y conservar la serenidad a fuerza de orgullo femenino; pero apenas puede sostenerse y se apoya en los muebles.)*

MARIA. Yo... me despediría de tu familia..

CAR. *(Secamente.)* Mi hermano ha salido y mi madre también. Ya te despediremos nosotras.

MARIA. Adiós entonces... *(Da la mano a Manolita.)* ¡Manolita!...

MANO. ¡Muy buen viaje!

MARIA. *(Acercándose a Carmen con un poco de confusión.)* ¿No me das la mano?

CAR. *(Sonriendo con esfuerzo.)* ¿Por qué no? *(Le da la mano.)*

MARIA. ¿No me dices nada?

CAR. Lo mismo que tú a mí. ¡Que seas muy feliz!

MARIA. ¡Adiós!

CAR. Adiós. *(Este "adiós" le dice ella sin expresión ninguna. Sale él; ella permanece en pie hasta que él ha salido y un momento después; luego, se deja caer en una silla, se echa de bruces sobre la mesa y rompe a sollozar.)*

MANO. *(Que los ha estado mirando con angustiada curiosidad, se acerca a ella y la abraza para consolarla.)* Pero ¿qué ha sido esto?

CAR. *(Levantando la cabeza y hablando entre lágrimas con apasionamiento y amargura.)* Nada..., no ha sido nada... ¡Que se va..., que se marcha!... ¿No lo has oído? ¡Que no le importa nada..., que viene a despedirse por cumplir... *(Sordamente.)* y por remordimiento..., porque sospecha que yo le quiero a él!... *(Con amargura.)* ¡Por lástima!... ¡Miserable de mí, que no he sabido ocultar que le quiero! *(Precipitándose.)* Ha venido... a decirme que hemos sido amigos *(Ahogándose.)* y que soy la mujer más buena del mundo... *(Con rebeldía apasionada.)* ¡Amigos..., necia de mí...; amigos... algo más que amigos, cuando él se figuró que yo era rica! *(Con dolor.)* ¡Amigos... cuando éramos todos miserables, cuando ni para él ni para mí había esperanza..., cuando mi cariño era el único bien que él tenía en el mundo!... *(Con ira.)* Pero ahora que la vida le promete algo *(Mordiendo las palabras.)*, era preciso dejar bien puesto en claro que no hay entre nosotros compromiso ninguno..., que es libre..., libre como el aire..., que puede no volver..., que no quiere volver... *(Con dolor humano.)*, que soy pobre, que soy miserable, que soy muy poca cosa para él...

MANO. *(Acariciándola como a un niño.)* ¡Carmen..., por Dios..., Carmen!...

CAR. *(Con angustia infinita.)* Soy pobre..., soy pobre..., es verdad...; tengo hambre, y me duelen las manos de trabajar. *(Llorando al fin como una criatura.)* ¡Madre, madre, tenías tú razón...: la vida es una infamia!

MANO. *(Con piedad.)* Pero, chiquilla, ¿tanto le querías?

CAR. *(Con pasión.)* ¡Era mi vida..., era mi alma!... ¡No lo sabía, pero ahora que me falta lo sé! *(Con dolor.)* Todos mis sueños han sido para él... toda mi esperanza ha sido por el... ¡Mi optimismo!... El engaño de mi amor, que quería vivir a toda costa... *(En voz muy baja.)* ¡por él... por él!...

MANO. *(Sorbiéndose las lágrimas para no llorar.)* ¡Por él, que no se lo merece ni se lo ha merecido nunca! ¡Estabas ciega, como todo el que quiere! *(Abrazándola y besándola.)* ¡Llora, llora de prisa *(Con un poco de enfado generoso.)*, para que se te borre con las lágrimas la mentira que te ha estado quitando la vista de los ojos..., para que le veas como es..., para que no te vuelvas a acordar del santo de su nombre!

CAR. *(Levantando hacia Manolita los ojos, llenos de lágrimas.)* ¡Manolita!

MANO. *(Llorando a pesar de que se hace fuerte.)* ¡Tonta! *(Vuelve a besarla.)* ¡Peor para él! *(Aparece en la puerta Calixto con una tarjeta en la mano.)*

CALIX. ¡Carmen!

CAR. *(Con sobresalto.)* ¿Eh? ¿Qué pasa?

CALIX. *(Que se asusta al verla llorando.)* ¿Está usted mala?

MANO. *(Con desabrimiento.)* Sí: le duele la cabeza. ¿Qué quería usté?

CALIX. *(Disculpándose.)* Yo, nada... *(Alargando la tarjeta.)* Este caballero que quiere hablar con Carmen.

CAR. *(Con un poco de desvarío.)* Conmigo... ¿Quién? *(Manolita ha quitado la tarjeta a Calixto y se la da a Carmen. Leyendo la tarjeta.)* "Julián Rovira." *(No queriendo creerlo.)* ¡No! *(Volviendo a leer.)* "Julián Rovira." *(Está completamente aturdida, aún llorando, sin saber dónde está, habiendo perdido por completo el*

dominio de sus nervios, y la visita le parece un conflicto imposible de resolver. Mira de un lado a otro con angustia.)

MANO. ¿Quién es?

CAR. *(Sin saber demasiado lo que dice.)* El de estas cartas..., el jefe ese del Banco..., que te he dicho..., el que me da a escribir... *(Sujetándose la frente con las manos.)* ¡Ay, Dios mío! *(Como si fuese un gravísimo apuro.)* Es que le correrán prisa..., y están sin terminar... No sé..., no puedo. *(Llora.)*

MANO. ¿Quieres que salga yo y le diga que estás un poco enferma y le pregunte...?

CAR. Sí. *(Manolita da un paso.)* ¡No!... Que pase...

MANO. *(A Calixto.)* Dígale usted que pase. *(Calixto sale mirando a Carmen con un poco de curiosidad.)* ¿Quieres algo? ¡Tranquilízate!... Bebe un poco de agua. *(Le arregla el pelo.)*

CAR. ¿Se me conoce que he llorado?

MANO. *(Mintiendo piadosamente.)* No..., no mucho.

CAR. *(Queriendo aquietarse.)* ¡Ay, Dios mío! *(Aparece en la puerta Julián Rovira; es hombre de treinta y ocho años, fuerte, simpático, "muy hombre", bien vestido, pero sin afectación ninguna de elegancia. Está emocionadísimo, aunque procura dominarse. Se detiene en la puerta, mirando a Carmen, sin atreverse a entrar.)*

MANO. Pase usté, caballero.

CAR. *(Con voz no muy segura.)* Pase usted...

JULIAN. *(Adelantando.)* Buenas noches.

CAR. Buenas noches.

MANO. Muy buenas.

JULIAN. *(Saludando con finura.)* Señorita. *(A Carmen.)* ¿Su hermana de usted?

MANO. *(Vivamente.)* ¡No, señor!

JULIAN. Usted perdone.

CAR. *(Con efusión de cariño.)* ¡Es lo mismo que si lo fuera, o más!

MANO. *(Después de sonreír con un poco de confusión.)* ¡Buenas noches! *(Julián se inclina, y Manolita sale, cerrando la puerta. Durante la primera*

parte de la escena, Carmen, aún dominada por su angustia, no sabe del todo lo que hace ni lo que dice. A Julián, dominado por la emoción, le sucede otro tanto; de modo que hay, en los gestos, actitudes y entonaciones de los dos, un poco de incoherencia e inquietud dolorosa.)

CAR. Siéntese usted..., si gusta.

JULIAN. Usted perdone que me haya tomado la libertad de venir aquí sin haberle pedido autorización antes...

CAR. ¡Oh, viene usted a su casa! *(El mira la habitación en derredor, y luego la mira a ella, que está junto a la mesa, y los papeles en que ha estado escribiendo. Ella, siguiendo la mirada de él, habla de prisa para disimular la confusión, la vergüenza tan femenina de que un hombre rico la encuentre en casa tan pobre.)* ¿Venía usted tal vez a recoger las cartas? Están sin terminar; pero si hay alguna que le corre a usted prisa, la puedo concluir en un momento...

JULIAN. *(Cuya emoción aumenta a la vista del desamparo y la pobreza de ella.)* No se preocupe usted por las cartas... no vengo por eso. *(Gesto de interrogación de ella.)* Vengo, si a usted no le molesta demasiado, a hablarle de un asunto mío... particular.

CAR. Pero... siéntese usted...

JULIAN. Si usted no se sienta... *(Sonriendo. Carmen hace un movimiento para sentarse, pero no acierta. Se pasa las dos manos por la frente.)*

JULIAN. *(Acercándose de pronto.)* ¿Está usted enferma?

CAR. *(Con nerviosidad.)* ¡No! ¿Por qué?

JULIAN. *(Apartándose.)* Usted perdone... Me pareció notar que tiene usted un aire... un poco extraño...

CAR. *(Con precipitación.)* No...; es que estoy nerviosa...; algunas veces me pongo así... por cualquier tontería...; pero no es nada..., nada... *(Se sienta.)* Diga usted.

JULIAN. *(Sin sentarse.)* Carmen... *(Asustándose de su propio atrevimiento al oírse pronunciar el nombre.)* ¿Me permite usted que la llame así?

CAR. *(Con suavidad.)* ¿Por qué no? Sí, señor... Carmen es mi nombre...

JULIAN. *(Como si tómase una decisión violenta.)* ¡Perdóneme usted que no me vaya inmediatamente!

CAR. *(Levantando la cabeza.)* ¿Por qué dice usted eso?

JULIAN. Porque de sobra comprendo que he llegado en un momento inoportuno..., que usted, ¡por lo que sea!, y usted perdone la indiscreción, no se encuentra usted en situación de ánimo muy favorable para escuchar cosas que no le importan... *(Ella, sin hablar, hace un gesto de leve protesta.)* Pero... a mí me ha costado tanto esfuerzo decidirme a venir, que no tengo valor para marcharme sin decirle a usted a qué he venido.

CAR. *(Queriendo sonreír.)* ¡Me asusta usted!

JULIAN. *(Queriendo sonreír también.)* No es para tanto... *(De pronto, después de una brevísima pausa en que no deja de mirarla.)* ¡Carmen..., usted no me conoce; pero le aseguro a usted antes de nada que soy un hombre honrado!

CAR. *(Fríamente.)* No lo he dudado nunca.

JULIAN. *(Con apasionamiento.)* ¡Es que necesito que esté usted completamente segura de ello!

CAR. *(Con un poco de alarma inconsciente.)* ¿Por qué?

JULIAN. *(Calmándose.)* Tengo treinta y ocho años. Desde los quince he tenido que ganarme la vida; he trabajado mucho; he tenido suerte; ahora soy rico. La verdad, hasta hace poco, no he escatimado en gran cosa mi riqueza, porque en cuanto se tiene lo necesario para vivir, la única satisfacción que da el dinero es seguir trabajando para seguir ganándole; pero ahora sí, ahora bendigo mi tenacidad y mi fortuna, porque todo cuanto me han puesto en las manos puedo venir a ofrecérselo a usted.

CAR. *(Levantándose con indignación.)* ¡Qué dice usted!

JULIAN. *(Humildemente.)* Sí, Carmen. Le ofrezco a usted..., es decir, le pido que acepte todo lo que soy, todo cuanto tengo..., mi cariño, que vale tan poco; mi persona, que aun vale menos.. ; pero...

CAR. *(Interrumpiéndole nerviosamente.)* ¡Calle usted, calle usted!... Ahora sí que le pido que tenga la bondad de marcharse inmediatamente. *(Señala la puerta.)*

JULIAN. *(Con dulzura enérgica, y sin moverse.)* ¡No se ofenda usted, Carmen! Aunque haya temeridad en mí, no hay motivo de ofensa, porque con mi cariño le ofrezco a usted mi nombre...

CAR. *(Con cansancio infinito.)* ¡No puede ser...; déjeme usted! ¡Le pido por Dios que me deje!... *(Se sienta rendida.)*

JULIAN. *(Acercándose a ella, en voz baja y cariñosa.)* ¿Por qué no puede ser?

CAR. *(Casi llorando de cansancio nervioso.)* Porque no... ¡Es imposible!...

JULIAN. ¿Imposible? *(Con miedo.)* ¿Es que... quiere usted a otro?

CAR. *(Vacilando.)* No quiero a nadie... *(Con arrogancia rencorosa, como para afirmárselo a sí misma.)* ¡No quiero a nadie!

JULIAN. *(Con dulzura persuasiva.)* ¿Entonces? *(Ella no responde. El se acerca, y dice con apasionamiento.)* ¡Carmen..., usted no sabe lo que ha llegado a ser para mí!... *(Con ira contra sí mismo por no encontrar las palabras necesarias.)* ¡Yo no lo sé decir, porque nunca he sabido ni he querido hablar con mujeres! Yo pensaba... ¡he sido tan necio como todo eso!, que una mujer es una hora de fiesta que se compra y se paga cuando está uno cansado de trabajar... *(Con admiración ingenua.)* ¡Pero usted es tan distinta de todas! Hace tres meses que he vuelto a España, que la conozco a usted, que la veo afanarse *(Sin mirarla a ella.*

porque la ve en el recuerdo de lo que va diciendo.), ir de un lado a otro... en aquella oficina... *(Volviéndose a ella.)* Tiene usted un modo tan extraño, tan suyo, de hacer todo lo que hace... ¡Y la voz!... Por oírla a usted hablar invento tantas veces un pretexto para acercarme a usted..., y cuando me acerco ya no sé qué decir, porque estando usted cerca no hay nada en el mundo. *(Ella se sienta sin responder.)* ¡Carmen..., cada día es una vida nueva, porque usted vive y yo la puedo ver! *(Avergonzado como un chiquillo que confiesa un delito.)* Todas las mañanas voy al escritorio antes de tiempo, por impaciencia de verla a usted cinco minutos antes, ¡como si tuviera veinte años!..., y siento una inquietud hasta que usted llega, y una felicidad tan absurda al verla a usted llegar... *(Con ilusión candorosa.)* ¡Usted no sabe la luz que hay en el aire cuando usted se ríe!

CAR. *(Sordamente.)* ¡Mi risa!

JULIAN. *(Acercándose.)* ¡Su risa de usted!... *(Sordamente.)* También me ha hecho sufrir algunas veces su risa de usted... *(Con inquietud celosa.)* ¡Cuando se ríe usted hablando con otros!... Mire usted..., en eso conocí que era amor el cariño que la tengo a usted... Una tarde... me acuerdo... junto a la ventana... hablaba usted con uno de sus compañeros... ¡y se reía usted! ¡Y me entró una angustia tan insoportable!... Y otro día, una ira... porque uno de los jefes le habló a usted con dureza. *(Con ira.)* ¡Una ira..., un rencor..., una sed de venganza!... *(Con apasionamiento.)* Porque usted es mucho más que nadie..., ¡porque no hay nadie más que usted! *(Volviendo a acercarse a ella.)* ¡Carmen, Carmen! *(Ella levanta los ojos y le mira sin expresión.)* ¿No me dice usted nada? *(Ella se levanta sin hablar y se queda en pie junto a la mesa.)* ¡Es inútil! *(Con ira contra*

sí mismo.) ¡No sé decirle a usted lo que tendría que decir!

CAR. *(Lentamente, como si despertase de su sueño.)* Sí... Sabe usted decir muchas cosas. *(El la escucha pendiente de sus palabras, mirándola más que oyéndola hablar.)* ...muchas cosas... *(Con melancolía.)* que yo había soñado en oír muchas veces...

JULIAN. *(Sonriendo lamentablemente.)* Pero no dichas por mí, ¿verdad? *(Ella baja los ojos y no responde.)*

CAR. *(Con ansiedad y dulzura.)* Usted perdone: yo le agradezco mucho la honra que me hace...

JULIAN. *(Con dolida protesta.)* ¡No diga usted eso!

CAR. Sí, señor, y estimo en lo que vale el cariño que usted viene a ofrecerme... ¡Es tanto, es decir, debería ser tanto, que a una la quieran! Yo no merezco...

JULIAN. ¡Carmen!

CAR. ¡Nadie merece que le quieran así!

JULIAN. ¡Usted merece más que nadie!...

CAR. *(Vacilando.)* Pero...

JULIAN. *(Con ansiedad.)* ¿Qué?

CAR. Yo... no puedo... honradamente..., no puedo, no debo aceptar lo que usted me propone, porque... *(El la mira con ansiedad.)* porque... no le quiero a usted. *(Bajando mucho la voz y los ojos.)*

JULIAN. *(Con apasionamiento.)* ¡No importa!... ¡Yo la obligaré a usted a quererme a fuerza de cariño!

CAR. *(Con apasionamiento.)* ¡Yo no sé mentir!

JULIAN. *(Con humildad.)* ¡Si no le pido a usted que mienta! ¡Me basta con que se deje usted querer! *(Con abnegación y fortaleza.)* ¡Ni eso! ¡Me basta con que me deje usted ayudarla a sostener la carga que pesa sobre usted!

CAR. *(Con orgullo.)* ¡Puedo sola con ella!

JULIAN. *(Con firmeza muy de hombre.)* ¡No puede ser!

CAR. *(Casi llorando.)* ¡Sí puedo!

JULIAN. *(Con ternura persuasiva, emocionado al verla

llorar.) ¡No puede usted! ¡No sea usted chiquilla!... Usted ha aceptado por generosidad responsabilidades y deberes que son muy superiores a sus fuerzas...

CAR. *(Con obstinación pueril.)* ¿Usted qué sabe de eso?

JULIAN. Lo sé porque lo veo. *(Con emoción casi paternal.)* Ahora mismo... está usted rendida, angustiada...: nerviosa... ¡Todo eso es cansancio! Llora usted sin querer, porque ya no tiene usted ni fuerzas para contener las lágrimas... ¡Lo que hace usted es heroico, pero es insensato!

CAR. ¡Eso es cuenta mía!

JULIAN. *(Con explosión de ternura.)* ¡Y mía, porque la quiero a usted! *(Con humildad.)* ¡Usted perdone! *(Con emoción.)* ¡No puedo verla a usted sufrir! *(Acercándose a ella.)* ¡Está usted temblando! *(Con impaciencia.)* ¡Por el amor de Dios, siéntese usted, tranquilícese usted, perdone usted esta insistencia mía! *(Ella se sienta y él pasea de un lado para otro nerviosamente.)* ¡Ay, si fuera usted hombre, para poderla amparar sin que usted se ofendiera! *(Con amor.)* Pero no, ¡bendito sea Dios que la ha hecho a usted mujer y que la ha puesto a usted en mi camino! *(Acercándose a ella.)* ¡Carmen, dígame usted un modo de ayudarla en algo! *(Con persuasión.)* Usted no puede comprender el tormento que es para mí pensar que usted carece de lo necesario, y entrar en mi casa, y sentarme a la mesa, y subir en un coche... *(Bajando la voz y mirando a otro lado con rubor por no atreverse a mirarla a ella.)* Ayer tarde... al salir del escritorio... llovía... las calles estaban encharcadas... y usted llevaba los zapatos rotos...

CAR. *(Con dolor y vergüenza.)* ¡Bah!

JULIAN. *(Con apasionamiento.)* ¡Eso no puede ser! ¡Eso no puede ser!... ¡Tome usted mi vida, y tráteme usted como a un esclavo! ¡Tome usted mi

vida, y no me vuelva usted ni a mirar si no quiere! ¡Con saber que he podido servirla a usted de algo, me basta y me sobra para ser feliz! Pero *(Con impaciencia.)* conteste usted, por el amor de Dios. *(Casi con violencia.)* ¡Diga usted algo!

CAR. *(Volviendo a levantarse.)* Puede que tenga usted razón... Es verdad... La carga pesa mucho... ¡y yo soy una pobre mujer! *(Como si hablase consigo misma.)* Mi madre se me muere... mi hermana... no sé... ¡y yo no valgo para más! *(Con orgullo de mujer leal.)* ¡Pero, a pesar de todo, no me puedo vender!

JULIAN. *(Dolido.)* Me ofende usted...

CAR. *(Con apasionamiento doloroso.)* ¡No me quiero vender! Si yo, rendida por la necesidad *(El hace un gesto de dolorosa protesta, y ella suaviza el tono.)* y por la insistencia de usted, que tanto agradezco... aceptase lo que usted me propone, no podría pagarle en buena moneda...

JULIAN. Sí, Carmen, sí.

CAR. No lo sé. Lo único que podría ofrecerle sería lealtad, fidelidad, cumplir estrictamente mis deberes de mujer honrada... y eso no es bastante...

JULIAN. Para mí, sí... teniéndola a usted cerca... sí.

CAR. Eso lo dice usted ahora... pero no es posible.. el amor pide amor...

JULIAN. *(Con apasionamiento.)* ¡Eso lo dice usted porque no ha querido usted nunca de veras!

CAR. *(Dolida en su amor y en su orgullo de mujer.)* ¡¡Yo!!

JULIAN. ¡No, señora! ¡Cuando el cariño es amor de verdad, no pide nada! ¡Con dar tiene bastante! *(Carmen mira al suelo y no responde. Entra doña Cecilia, volviendo de la calle; trae en el cestillo unos miserables paquetes de la tienda de comestibles, un pancillo bajo y un manojo de teas. Viene cansada.)*

CECI. *(Entrando.)* ¡Ay, qué escalera! *(Viendo a Ju-*

lián.) ¡Ah... usted perdone!... Creí que estabas sola.

CAR. *(Acudiendo a quitarle el cestillo.)* Mi madre.

JULIÁN. *(Con respeto doloroso.)* Señora...

CAR. Don Julián Rovira... ya sabes... uno de mis jefes...

CECI. *(Con humildad excesiva.)* Muy señor mío... ¿Están ustedes trabajando? Me voy. *(Quiere salir.)*

CAR. No, madre; si ya hemos terminado.

JULIAN. ¡Carmen! *(La mira, y ella no responde.)* Tiene usted razón... no tengo derecho a insistir más... por hoy; pero no crea usted que desisto... Piense usted... decida cuando quiera. Pero acuérdese usted de lo que significa para mí *(Mirando a doña Cecilia.)*, para todos... su decisión de usted... Yo volveré mañana... volveré siempre, si usted me lo permite...

CAR. *(Con turbación.)* Vuelva usted cuando guste... yo... no...

JULIAN. *(Con exaltación.)* ¡No me diga usted nada! ¡Esta noche no me diga usted nada! *(A doña Cecilia, que los mira con asombro.)* Señora, con permiso de usted, me retiro; es para mí un grandísimo honor haberla conocido...

CECI. Gracias... siendo amigo de Carmen... ya sabe usted que esta casa es muy suya.

JULIAN. Buenas noches, Carmen.

CAR. *(Sin expresión.)* Buenas noches. *(Julián sale; ella, rendida de cansancio, se sienta.)*

CECI. ¡Qué señor tan simpático! ¿A qué ha venido? ¿Qué quería?

CAR. *(Nerviosa.)* Quería... ¡quiere que me case con él!

CECI. *(Pasando en un segundo del asombro a la alegría.)* ¡Tú!... ¿Contigo?... ¡Es posible! ¡Dios te bendiga, hija, Dios te bendiga! *(Abrazándola.)*

CAR. *(Con espanto.)* ¡No, madre; si yo no!...

CECI. *(Llorando y besándola.)* ¡Nos salvas como siempre! ¡Como siempre! ¡Tú habías de ser!

¡Hija de mi alma! *(Entran Manolita y Calixto.)* Se casa... se casa...

MANO. ¿Quién? ¿Tú?

CALIX. ¿Quién?... ¿Con quién?

CECI. Mi Carmen... con el jefe... se casa... con ese señor que ha salido ahora mismo... se casa, se casa... *(Se oye hablar en el pasillo a Elvira con Sebastián.)* Hija, Elvira... ¿has vuelto ya? Entra, entra... Tu hermana se casa... *(Sigue hablando en el grupo de Calixto, Elvira y Sebastián que entran.)*

CAR. *(A Manolita, con angustia.)* ¡No puede ser! ¡No puede ser!

SEBAS. *(Acercándose.)* ¡Que sea enhorabuena, Carmen!

CALIX. *(Acercándose.)* ¡Que sea enhorabuena!

ELVIRA. ¡Hija, que sea enhorabuena! ¡No está la suerte para quien la busca!

CALIX. ¡Esto hay que celebrarlo, doña Cecilia, esto hay que celebrarlo! *(Abraza a doña Cecilia, que no sabe lo que le pasa.)*

CAR. *(Que sigue sentada, escondiendo la cara en el pecho de Manolita, que la tiene abrazada, y llorando.)* ¡No puede ser! ¡No puede ser!

TELÓN

ACTO TERCERO

Saloncito particular elegantísimo en un gran hotel de Madrid. Ventanas al fondo, puertas a derecha e izquierda. El saloncito está amueblado y decorado completamente a la moderna, con exquisito gusto y sencillez. Hay en la habitación, casi en primer término, un gran diván ancho y cómodo con multitud de almohadones de colores. Dos mesitas, una en la que más tarde se servirá el te, y otra junto a uno de los balcones, que sirve de secreter y en la cual hay recado de escribir y teléfono; dos o tres silloncitos, alguna silla, muselinas blancas en los balcones, flores sobre las mesas, grabados de buen gusto en las paredes. Aparato de luz central en

el techo y otro, portátil, sobre la mesita-secreter. Algunos libros y revistas, alfombra grande delante del diván. Sobre la mesita del centro, servicio de licores.

(Al levantarse el telón están en escena Carmen y Julián. Carmen, en elegantísimo traje de casa, está tendida en el diván en actitud de irremediable aburrimiento; caídas junto a ella, en el diván y sobre la alfombra hay una labor elegante de bordado, sedas, una novela francesa con cubierta amarilla, algunos periódicos de modas, una cajita con bombones y un juego de espejito, bombonera, cajita de polvos, portamonedas, barrita de rojo para los labios, etc. Julián pasea de un lado para otro con inquietud; de vez en cuando mira a Carmen con cariño y angustia; se acerca a ella, pero retrocede, sin atreverse a hablar. Suspira con leve mal humor. Bebe una copa de coñac, vuelve a acercarse a Carmen, le pone con tímida caricia la mano sobre la frente, va a hablarla, vuelve a arrepentirse y vuelve a pasear; ella continúa inmóvil; mirando fijamente al espacio, sin ver nada. Suenan dos golpecitos en la puerta de la derecha.)

JULIAN. Adelante.

CRIA. *(Apareciendo en la puerta.)* El chauffeur pregunta a qué hora desea el coche la señora.

CAR. *(Con displicencia, sin moverse.)* No salgo esta tarde. *(El criado desaparece.)*

JULIAN. *(Afectuosamente.)* ¿Por qué no sales?

CAR. Por nada. *(Cuando habla con él se esfuerza por dar amabilidad al tono, pero no siempre lo consigue.)*

JULIAN. ¿No te gusta dar una vuelta por la Castellana, por el Retiro?

CAR. Ya estuve ayer. No me divierte. Es siempre lo mismo. *(Pausa.)* ¿Tú qué vas a hacer?

JULIAN. Tengo que trabajar toda la tarde con el secretario. Además, espero un telegrama que me importa muchísimo, y no puedo faltar del ho-

tel ni un momento. Pero sal tú. A un teatro...

CAR. No, no. ¿Para qué?

JULIAN. *(Acercándose a ella afectuosamente.)* A casa de tu madre... *(Carmen no responde.)* Estás triste?

CAR. *(Incorporándose para protestar.)* ¡No! ¿Por qué voy a estar triste?

JULIAN. *(Sentándose a su lado en el diván.)* ¿Te aburre Madrid?

CAR. *(Sonriendo.)* Ni más ni menos que otro sitio cualquiera. *(El hace un gesto de pena.)* No te disgustes. ¿Tú no comprendes el aburrimiento?

JULIAN. ¡He tenido en la vida tan poquísimo tiempo de aburrirme!

CAR. Es verdad... Siempre trabajando. *(Con rencor envidioso.)* ¿Por qué trabajas tanto? ¿Te gusta trabajar por trabajar?

JULIAN. *(Sonriendo.)* Por trabajar.. y por ganar dinero.

CAR. *(Con curiosidad apasionada.)* ¿Te gusta mucho, mucho, ganar dinero?

JULIAN. *(Con emoción.)* Muchísimo, para que tú lo gastes.

CAR. *(Con angustia.)* ¡No me digas eso!

JULIAN. *(Con sencillez.)* ¿Por qué no, si es así? El mayor placer que me ha proporcionado el dinero en la vida es vértele tirar a manos llenas. *(Le besa las dos manos a un tiempo.)*

CAR. *(Retirando las manos con un poco de remordimiento.)* Tirar a manos llenas... es verdad... *(Mirándole con ansiedad.)* ¿Soy muy loca?

JULIAN. *(Con efusión.)* ¡Eres mi vida! *(Carmen, sin responder, mira al suelo. El se levanta del diván sin hablar, como un poco avergonzado de lo que ha dicho, y acercándose a la mesita, vuelve a beber coñac.)*

CAR. *(Con inquietud disimulada.)* ¿Qué bebes?

JULIAN. *(Fingiendo serenidad e indiferencia.)* Coñac.

CAR. *(Con alarma.)* ¿Estás preocupado?

JULIAN. ¿Por qué?

CAR. ¡Cuando tú bebes así... entre horas!...

JULIAN. Sí, un poco preocupado estoy; pero... no tiene importancia. Ya te he dicho que espero un telegrama.

CAR. Pero ¿es que...?

JULIAN. *(Interrumpiéndola con un poco de impaciencia, pero afectuosamente.)* Nada, nada, no pienses tú en negocios... prosa de hombres... déjame a mí. Tú a ser bonita... y feliz... pero no te aburras... *(Con violencia.)* ¡por el amor de Dios, no estés triste! *(Se acerca a ella y con timidez le pone la mano sobre la cabeza; ella se está muy quieta bajo la caricia.)* Yo creí que te gustaría volver a tu tierra.

CAR. Yo no tengo tierra: nací en Madrid, por casualidad; pero luego anduve rodando por toda España, y cuando volví a él, lo pasé tan mal que, la verdad, no le tengo cariño. Es feo, es pobre. ¿A ti te gusta?

JULIAN. Le estoy agradecido. *(Ella le mira, sin comprender.)* ¡En Madrid te encontré! ¡En Madrid nos casamos!

CAR. *(Bajando los ojos bastante confusa.)* ¡Ay, Dios mío! *(Julián saca el reloj del bolsillo y le mira.)* Si tienes que hacer, vete... por mí no estés aquí...

JULIAN. Siento dejarte así toda la tarde, sola... pero...

CAR. No estaré sola. Vendrá mi madre, puede que venga Manolita... visitas no me faltarán... ni peticiones... Mira, todas estas son cartas pidiendome dinero de gentes que dicen que han sido mis amigas, y a las cuales no recuerdo haber visto en mi vida... Y no llevamos más que dos días en Madrid. Por lo visto, en los tres años que hace que la dejé, no han cambiado los tiempos para la capital de España.

JULIAN. Es verdad... ya tres años... Han pasado tres años... ¡Carmen!

CAR. ¡Qué!

JULIAN. Nada... *(Con mal humor.)* ¡Nada! *(Se oye dentro la voz de doña Cecilia, que dice con alegría senil.)*

CECI. ¿Dónde está? ¿Dónde está mi lucero?

CAR. Mi madre. *(Se oye la voz de Elvira, que responde a la de su madre con mal humor.)*

ELVIRA. *(Dentro.)* Por aquí, mamá, ¿no lo sabes?

JULIAN. *(Con leve matiz de antipatía.)* Y tu hermana.

CAR. *(Adelantándose a recibir a su madre en el momento en que suenan dos golpecitos que da el criado en la puerta.)* Adelante, adelante. *(Se abre la puerta, y el criado se aparta para dejar pasar a doña Cecilia y Elvira. Doña Cecilia tiene cincuenta y tres años, que parecen sesenta. Tiene el cabello blanco, y está completamente chiflada, porque su cabeza, nunca muy sólida, no ha podido conservar el necesario equilibrio a través de las respectivas mudanzas del Destino; su chifladura optimista, familiar y, sobre todo, humilde, es la desesperación de su hija Elvira, que está más "señorita" que nunca. Visten como señoras de la clase media, con trajes sastre, pieles de imitación y sombreros. La madre, feliz; la hija, displicente y envidiosa.)*

CECI. *(Haciendo una caricia al criado, que les abre la puerta.)* Gracias, hijo, gracias; eres un guapo chico y un buen mozo.

ELVIRA. *(Corrida.)* ¡Mamá, por Dios!

CECI. *(Muy convencida.)* ¡Hija, lo es! *(Volviéndose a Carmen.)* ¿Verdad, Carmen? *(Volviéndose a Elvira.)* ¡Muchísimo más que tu marido!

ELVIRA. ¡Ya salió mi marido! *(Saluda a Carmen y a Julián, dándoles la mano.)* ¡Hoy está de remate!

CECI. ¡Muchísimo más! *(Volviéndose al mozo.)* ¡Y te casarás con una marquesa..., porque eres muy fino, pero muy fino! No creas que todos saben abrir y cerrar como es debido las puertas del ascensor y ayudar a salir y entrar en él a las señoras de cierta edad...

ELVIRA. ¡Mamá, siéntate...; deja ya eso!

CECI. Yo sé lo que me digo, que eso del ascensor es muy delicado... Como que yo he dejado de hacer muchísimas visitas de amigas porque hay

porteros que, cuando no va una de gorro, no le quieren a una dejar subir en él, y éste, no *(Señalando al criado, que no sabe dónde mirar.)*; que sabe distinguir, y con la misma cortesía me hizo subir ayer, que vine de velo, que hoy que traigo canoa. *(Elvira hace gestos de rabia impotente y se sienta en el diván.)* Yo ya soy vieja, hijo; pero alguna joven te pagará lo que haces por mí. *(Elvira rabia; Julián se ríe, y el criado mira al suelo. Carmen, para resolver la situación, le dice:)*

CAR. Diga usted que suban el te. *(El criado va a salir, y doña Cecilia le grita:)*

CECI. ¡Con pastelitos como los de ayer, que estaban riquísimos!

ELVIRA. ¡Mamá!

CECI. *(Volviéndose a ella.)* ¡Hija, lo estaban! Y a ti bien te gustaron, no digas. Y ahora que los podemos comer a diario, porque tu hermana paga, hay que aprovecharse.

ELVIRA. ¡Ay, mamá, cómo estás esta tarde! *(Carmen, sin hablar, acaricia a su madre.)*

JULIAN. *(Sonriendo con bondad.)* Tiene usted razón.

CECI. *(Volviéndose al oírle, con amabilidad extraordinaria.)* ¡Ah! ¿Estabas tú ahí? Dispensa, hijo mío, que no te había visto.

JULIAN. *(En broma.)* ¡Es claro; entusiasmada con el camarero...!

CECI. *(Acariciéndole.)* ¡Ay, qué malo eres! ¡No tengas celos, hijo, que tú también eres un real mozo!

JULIAN. *(Sonriendo.)* No tanto..., no tanto...

CECI. ¡Sí, sí, y bueno, y cariñoso, y simpático! *(Mirando a Elvira de reojo.)* ¡No te pareces al marido de ésta!

ELVIRA. *(Picada.)* ¡Ay, mamá; no sé qué te ha hecho mi marido para que la tomes así con él!

CECI. *(A Julián, confidencialmente.)* ¡Es un pelagatos! *(A Carmen.)* Nos dió el gran chasco, hija. Venía a pasearle a ésta la calle montado a caballo, y creímos que era alguien..., y luego *(A Julián.)*, nada...: un empleadillo de mala

muerte... *(Con desdén olímpico.)* ¡De buena familia, pero sin un real!

ELVIRA. *(Levantándose y hablando de espaldas, mientras mira por el balcón.)* No todos los hombres pueden ser millonarios. Federico, en cambio, es muy fino y está muy bien educado.

CECI. *(Confidencial, a Carmen.)* No lo creas. Siempre está haciendo chistes de mal gusto contra las suegras. *(A Elvira.)* Tú dirás si eso es buena educación.

ELVIRA. *(Con mal modo.)* Es que tú también...

CAR. *(Interviniendo.)* Vaya, no disputéis por tonterías...

ELVIRA. Es que mamá, con que si está chillada o no está chillada, algunas veces dice algunas cosas...

CECI. *(A Carmen.)* ¡Ésta no me puede ver!

CAR. ¡No digas eso, madre!

CECI. Ni a ti tampoco. ¡Te tiene envidia porque has tenido mucha más suerte que ella!

ELVIRA. *(Sentándose en el diván con rabia.)* ¡Hay que dejarte o matarte! *(Entra el criado con la bandeja del te y la deja sobre la mesita. Doña Cecilia, olvidado de la discusión con su hija, le hace guiños afectuosos.)*

CRIA. *(Antes de salir, a Julián.)* El secretario del señor ha vuelto y dice que está a la disposición del señor. *(Sale.)*

JULIAN. Allá voy. *(A doña Cecilia.)* Me alegro de que hayan ustedes venido precisamente ahora; yo tengo que hacer, y así pueden ustedes acompañar un rato a Carmen. *(Elvira hace un mohín de burla.)* Dispense usted la incorrección. Pero el negocio es el negocio... y hay que vivir.

CECI. Tienes razón, hijo. Anda, anda a trabajar, a ganar milloncitos. ¡Haces bien! *(A Carmen.)* ¡Hija, qué suerte tienes! ¡Pero te la mereces, porque no te olvidas de tu madre!... *(A Julián, que va a salir.)* A propósito, todavía no te he dado las gracias por el cheque que me enviaste el día de mi santo. *(El hace un gesto de "no

las merece".) Mira las botas que me compré..., de tafilete, hijo, ¡porque se puede!, como recuerdo... No vayas a creer que me costaron los cincuenta duros...: diez, hijo, diez; las más caras que había en la tienda; lo demás se lo di a ésta *(Por Elvira.)*, que siempre anda a la cuarta pregunta...

ELVIRA. *(Con dolor y vergüenza.)* ¡Madre!

CECI. *(Impertérrita.)* Porque su marido no es como tú...; no va a la oficina más que por la mañana, y toda la tarde se la pasa liando pitillos a máquina. *(Elvira se echa de bruces en el diván y llora de rabia.)*

CAR. *(Acudiendo a consolarla.)* Pero, Elvira, por Dios... ¿Es posible que hagas caso de semejantes niñerías? ¿No comprendes que mamá, la infeliz, no sabe lo que dice? *(Mientras Carmen habla, Julián ha conseguido librarse de doña Cecilia lo más cariñosamente posible, y ha salido. Doña Cecilia le olvida inmediatamente y da la vuelta a la habitación, sin ocuparse de sus hijos, mirándose en los espejos, muy satisfecha. Se quita delante de uno de ellos el sombrero; luego se va sentando en todos los sillones; luego mira, de lejos, con deseo goloso, la bandeja del te, pero sin atreverse a tocarla; poco a poco, sin embargo, vence el deseo, y acaba por sentarse junto a la mesita y servirse y devorar pasteles con glotonería de loca. En toda esta escena cuide la actriz de no exagerar, aunque marcando bien la idiotez irremediable del personaje.)*

ELVIRA. *(Incorporándose en el diván y hablando muy de prisa, con los ojos secos, con ira y desprecio de sí misma.)* ¡No sabe lo que dice..., no sabe lo que dice!... ¡Lo sabe demasiado..., y, además, eso es lo que menos importa!... Tú la oyes una vez..., tú estás lejos; pero yo la estoy oyendo siempre, hace más de dos años, porque empezó a perder la cabeza casi en cuanto te fuiste... La oigo a todas horas..., y toda la ago-

nía de mi vida me la están repitiendo constantemente esas palabras suyas, que a ti te parecen inofensivas y hasta te hacen gracia...

CAR. *(Alarmada, sin comprender.)* ¿La agonía de tu vida?

ELVIRA. *(Exaltándose.)* Sí..., la mediocridad, la pobreza, el carecer de cosas... Tiene razón... Los niños y los locos dicen las verdades... ¡Tiene razón! No somos como tú..., mi marido no es como el tuyo..., no tenemos dinero que tirar...

CAR. *(Con angustia.)* Pero..., ¿por qué no me has escrito? ¿Por qué no me habéis dicho... si necesitabais?... Yo no pensaba...

ELVIRA. *(Con orgullo.)* Si no necesitamos... ¡No creas tampoco que somos unos miserables!

CAR. *(Desconcertada.)* No..., si no creo nada...; es que...

ELVIRA. *(Con amargura.)* No necesitamos... Mi marido, aunque mamá en su chifladura o lo que sea diga que no, trabaja..., y no sólo en el Ministerio...; también en casa..., y gana dinero...: lo bastante para mí y el chiquillo... Además, con lo que vosotros enviáis a mamá *(Con esfuerzo.)* y al chiquillo..., como es ahijado vuestro..., vivimos bien, no creas..., tenemos una casa bonita *(Con amargura.)*, alegre..., con sol...; ya la has visto.

CAR. *(Con bondad.)* ¿Entonces?

ELVIRA. *(Sin poder contener su envidiosa amargura.)* Pero no somos como vosotros. *(Se ríe con risa mala. Carmen la mira con espanto.)* Dirás que soy mala..., que soy envidiosa... No lo sé... no lo creo, no lo sería, ¡te juro que por mí no lo sería! Pero mamá lo está diciendo siempre: Carmen es tan rica... Ha tenido suerte. Y es verdad: ¡has tenido suerte; has tenido más suerte que yo! *(Exaltándose.)* ¿Por qué? ¿Por qué? Yo era más bonita..., yo era la mayor... *(Arrancándose el boa con rabia.)* ¡Y estas pieles que llevo son de gato! ¡Y este traje ha pasado de moda hace ya no sé cuántos meses...,

y no os quiero convidar a comer, porque vosotros estáis acostumbrados a otras cosas!...

CAR. ¡Por Dios, Elvira!

ELVIRA. ¡Y no quiero, no quiero que tu marido piense que el mío es menos que él!...

CAR. *(Con protesta.)* ¿Julián?

ELVIRA. *(Sin detenerse.)* Perdóname... Cuando estáis lejos vivo feliz. *(Con sinceridad.)* Y te quiero, ¡te quiero de verdad! Pero has venido..., y vas vestida de un modo..., y tiras el dinero de un modo..., y mamá a todas horas con la misma canción: que si tu ropa, que si tu automóvil..., me pone nerviosa..., ¡no sé lo que me digo!

CAR. *(Con repulsión invencible, pero con caridad, queriendo tratar a su hermana como a un enfermo, pero sin conseguir ser amable del todo.)* Eso es...: estás nerviosa...; déjalo...; anda..., toma una taza de te...

ELVIRA. *(Levantándose, secamente.)* Gracias.

CAR. *(Logrando dominarse.)* Y no te aflijas demasiado pensando en lo que llamas tu pobreza. Tienes tu marido, tienes un hijo... Créeme, el dinero no da toda la felicidad que tú te figuras.

CECI. ¿Qué hacéis ahí charlando? Comed, que están muy ricos..., los de crema también...

CAR. *(Acercándose a ella, cogiéndole la cabeza y besándola con emoción.)* ¡Pobre madre mía! ¡Pobre cabeza trastornada a fuerza de penas! ¡La única alegría que me ha dado el dinero es haberles podido evitar a estas canas la humillación de la miseria! *(Coge la cara de su madre entre las dos manos y la obliga a levantar la cabeza.)* ¿Sabes que estás muy guapa con el pelo blanco?

CECI. *(Muy contenta, con un resto de su antigua coquetería.)* ¿Sí, hija? ¿Te gusta?

CAR. *(Acariciándole el cabello.)* Ya lo creo; tan bonito, tan suave, tan brillante. ¡Parece de seda!

CECI. *(Volviendo a su tema.)* Pues no creas, que ésta *(Por Elvira.)*, cuando me peina, me da bue-

nos tirones, porque dice que parece de estopa.

CAR. *(Sinceramente.)* ¡Ja, ja, ja, ja!

ELVIRA. ¡Todo sea por Dios! *(El criado llama a la puerta.)* Adelante. ¿Quién es?

CRIA. *(Entrando.)* Señora, una señora que dice que le ha escrito la señora mandándola venir. Manolita Pérez dice que se llama.

CAR. *(Con alegría.)* ¿Manolita? ¡Que pase, que pase! ¿Dónde está? *(Va a adelantarse a recibir a Manolita; pero antes de que llegue a la puerta, entra ésta. Viene muy puesta y repeinada, con horquillas de piedras muy brillantes y mantón alfombrado de los buenos.)*

MANO. *(Entrando.)* Aquí me tienes.

CAR. ¡Manolita!

MANO. ¡Carmen! *(Se abrazan larga y estrechamente con emoción sincera. Al separarse.)* ¡Chica, qué guapa estás y qué elegante! ¡Si hasta parece que has crecido!

CAR. ¡Ja, ja, ja! Serán los tacones. *(A doña Cecilia.)* Madre, aquí está Manolita. ¿No la conoces?

CECI. *(Recordando vagamente.)* Manolita..., sí... sí...

MANO. Buenas tardes, doña Cecilia. ¿Ya no se acuerda usted de mí? ¡Bien contenta estará usted de tener a Carmen en Madrid! *(A Elvira, que se queda intencionadamente aparte.)* Buenas tardes, Elvira.

ELVIRA. *(Secamente.)* Buenas tardes.

CAR. *(A Manolita.)* Siéntate.

MANO. ¡Qué calor hace aquí! Bien se conoce que es hotel para ricos. *(Con efusión.)* ¡Ay, hija; todo cuanto tienes y más te lo mereces! Con tu permiso. *(Se quita el mantón y le deja en el diván, sobre la piel que se ha quitado Elvira.)*

CAR. *(Con buen humor.)* ¡Buen mantón!

MANO. *(Con satisfacción.)* Sí, dentro de la pobreza de una, no le falta a una nada, gracias a Dios.

CAR. *(Sentándose junto a ella.)* ¿Y tu marido? ¿Y tu chiquillo? ¿Por qué no le has traído?

MANO. Hija, por venir antes...; pero ya vendrán, ya vendrán el hijo y el padre para que los conoz-

cas. Son tal para cual: tan borrego el uno como el otro; pero dos cachos de pan los dos. ¿Y el tuyo? ¿Tan simpático?

CAR. Bien está; trabajando.

MANO. *(Con entusiasmo.)* No sabes la alegría que me entró esta mañana al recibir tu carta y enterarme de que estabas aquí. Y que me cogió de sorpresa porque como ayer mismo me encontré a Elvira y no me dijo nada...

ELVIRA. *(Secamente.)* Creí que lo sabías.

MANO. *(Con retintín.)* Naturalmente...

ELVIRA. *(Secamente.)* Bueno, mamá; ya es tarde. Si te parece, nos iremos, que luego tomas frío.

CECI. *(Vivamente.)* No le tomaré, que para eso tiene mi hija automóvil y me mandará en él, cuando me dé la gana de marcharme, que ahora estoy aquí muy a gusto.

CAR. ¡Muy bien dicho! Eso es.

ELVIRA. Está muy bien. Pero como si tu hija tiene automóvil, tu otra hija no tiene servidumbre, se tiene que marchar ahora mismo para preparar el biberón a tu nieto. De modo que, si quieres, te quedas, y que te acompañen, porque yo me voy. *(Al oír hablar del niño, doña Cecilia se levanta apresuradamente.)*

CECI. *(Con inquietud.)* ¡No, no; me voy yo también! Mi sombrero... ¿Dónde está mi sombrero?

CAR. *(Con cariño.)* Pero, mamá, si te acompañaremos... ¡Quédate!

CECI. No puede ser...; es por el niño. *(Confidencialmente, a Carmen.)* ¿Sabes? Por el niño..., porque ella le prepara el biberón, pero yo le duermo... Se me había olvidado. ¡Esta cabeza mía! *(Con embeleso.)* ¡Y no se quiere dormir más que conmigo! *(Confidencialmente, mirando a Elvira de reojo.)* ¡Me quiere más que a ella! Yo quería traerle; pero ella no ha querido, porque dice que llora. *(Muy enfadada.)* ¡Y no llora! ¡En estando conmigo, no llora! *(Con inquietud.)* Trae el sombrero, trae...

CAR. Toma. *(Ayuda a su madre a ponerse el sombrero.)*

CECI. *(Con embeleso, a Carmen.)* ¡Es más rico! Rubito como tú... ¡Como que debía ser tuyo!

ELVIRA. *(Buscando.)* ¿Dónde he dejado yo mi piel?

CAR. *(Cogiendo rápidamente una suya, que habrá en una de las butacas, y poniéndosela al cuello a su hermana.)* Toma, toma ésta, ¿quieres?

ELVIRA. *(Desconcertada.)* ¿Esta?... Pero si es tuya... y vale un dineral...

CAR. *(Con cariño.)* ¿No te gusta?

ELVIRA. *(Cortada.)* Sí...; pero...

CAR. Pues entonces... *(Arroja la piel al cuello de su hermana para taparle la boca y evitarle el rubor de dar las gracias.)*

CECI. *(Acercándose confidencialmente a Carmen.)* Lo que le gusta es el colgante que llevabas anoche...

ELVIRA. *(Protestando.)* ¡Mamá!

CAR. ¿El colgante?

CECI. Sí, sí; el azul de esmalte... ¡Dásele!

CAR. Ya lo creo. *(Buscando en un joyero que hay sobre la mesa.)* ¿Es éste?

ELVIRA. *(Con enfado.)* Pero, mamá..., si es suyo..., se le habrá regalado su marido...

CECI. *(A Carmen.)* No importa...; dáselo, dáselo, que tú tienes muchos, y ella no..., y aunque es rabiosa, es buena; te digo yo que es buena...

CAR. *(Con insistencia cariñosa, a Elvira.)* Tómale..., haz el favor...

ELVIRA. *(Bruscamente, para disimular la confusión.)* ¡Gracias! *(Coge el colgante y lo esconde en la mano cerrada.)* ¡Vámonos! *(Volviéndose a Manolita, que se ha acercado al balcón y mira a la calle.)* Buenas tardes, Manolita.

MANO. *(Volviendo la cabeza.)* Muy buenas. Recuerdos al esposo. Adiós, doña Cecilia.

CAR. *(A Manolita.)* Dispensa un momento.

MANO. No faltaba más. *(Vuelve a mirar por el balcón, mientras Carmen se dispone a despedir a su madre y a su hermana, que van hacia la*

puerta. Doña Cecilia va delante; antes de llegar a la puerta, Elvira detiene a Carmen y le dice con confusión:)

ELVIRA. *(A Carmen.)* No hagas caso de las estupideces que te he dicho antes...

CAR. *(Con generosidad.)* ¡Bah! ¿Quién se acuerda de eso?

CECI. *(Que ha llegado a la puerta y que se impacienta.)* Vamos, vamos, que me parece que oigo llorar al niño... *(Elvira sale delante, y doña Cecilia se cuelga del brazo de Carmen y le dice confidencialmente.)* ¡Cuando tengas tú uno, me iré a vivir contigo! *(Salen. Manolita se vuelve, mira el cuarto con satisfacción al ver su elegancia, y se sienta en el diván. Vuelve a entrar Carmen, y se sienta a su lado.)*

CAR. *(Cogiendo las dos manos a Manolita.)* Ea, ya estamos solas.

MANO. *(Con ilusión.)* ¡Déjame que te mire otra vez! *(La mira fijamente y después la abraza.)* ¡Eres la misma, la misma de siempre!

CAR. *(Sonriendo.)* ¿Pues qué te figurabas?

MANO. ¿Cuándo habéis llegado?

CAR. Anteayer por la noche.

MANO. ¡Mira que haber estado en París, en Londres, en América!... Lo que habrás visto..., lo que te habrás divertido... Cuenta, cuenta...

CAR. Cuenta tú.

MANO. ¿Yo? Pues que me casé hace año y medio, que tengo un chico...

CAR. *(Con efusión.)* ¡Y que estás tan contenta!

MANO. *(Muy satisfecha.)* ¡Podía no! Tengo un marido que no me lo merezco. No es que sea un santo, ni falta que me hace. Le gusta beber su poquillo, le gusta jugar al mus de cuando en cuando, tiene su genio a días; pero es trabajador y me quiere. *(Con interés.)* Chica, nos conocimos como en los folletines. Estaba yo cosiendo en una casa, y vino él a arreglar una luz, porque es electricista, y cuando estaba en lo alto de una escalera, por echarme un piro-

po, resbaló y se cáyó, y se cortó la mano con el cristal de una ventana. ¡Hija, luego hablan del valor de los hombres! Al ver la sangre se quedó más blanco que el papel y a poco se desmaya..., y na, que a mí me dió una cosa al verle así tan pálido, y le lavé la herida, y le vendé la mano, y le dije cuatro tonterías, y él se marchó tan agradecido, y cuando a la noche salí, me lo encontré a la puerta, que me estaba esperando, y no hizo falta más. A las cuatro semanas, casaos por la iglesia. ¡Mírale! *(Enseñando el retrato de un dije que lleva colgando de una cadenita de plata.)* ¡Como guapo, lo es! He tenido suerte.

CAR. *(Sonriendo.)* Más ha tenido él.

MANO. *(Con rubor feliz.)* Eso dice él...; es más tonto... *(Enseñando el otro retrato del dije.)* Mira el chico. *(Le besa.)* ¡Huy! ¡Este tié que llegar a ministro! Ya estoy juntando dinero en una hucha, pa en cuanto tenga edad de aprender, ponerle los mejores maestros que haya en España.

CAR. *(Sonriendo con un poco de melancolía.)* ¡Hucha y todo! Eres rica...

MANO. *(Con orgullo simpático.)* El gana ocho pesetas de jornal, y yo he puesto una escuela, ¡no te rías!, para enseñar a coser de verdá en ropa blanca fina... Llevo un duro al mes por la enseñanza, y tengo doce chicas aprendiendo. Cosemos para una tienda de lujo, no creas. Ya ves: son doce duros, que con otros doce o trece que me vengo a sacar de ganancia en la costura, pues son veinticinco. Si él trabajara solo, teníamos que vivir en una casa de cinco duros, pongo por caso; pues así vivimos en una de quince: un sexto piso; pero casa nueva, y con una terraza que da gloria. ¿Te acuerdas de aquel tiesto de albahaca? Pues ahora tengo rosas y claveles, y mi cajón de perejil, y una parra plantada en una cuba, que es la envidia de toa la vecindad, y en el invierno co-

memos allí al sol, y en el verano cenamos al fresco tan ricamente, y a él, con el achaque de cuidar los tiestos, y de tener al chico en brazos, y de ver si maduran las uvas, pues se le olvida de ir a la taberna, y eso vamos ganando. *(A medida que habla Manolita, Carmen se va angustiando, hasta llegar a la explosión final.)*

CAR. *(Sordamente.)* ¡Tú entiendes la vida!

MANO. *(Muy segura.)* ¡A ver! Él, al principio, no quería que trabajase yo; pero ahora ya se ha acostumbrao, y está tan orgulloso de ver que lo pasamos mejor que los demás de su clase, y de vivir como vivimos, y yo, la verdad, chica, me gusta ganarme lo mío, porque no hay que darle vueltas: los hombres la tienen a una muchísima más consideración cuando saben que está una con ellos por el querer, pero que no los necesita una pa ganarse su plato de garbanzos. ¡Dónde va a parar!

CAR. *(Con angustia.)* ¡Tienes razón, tienes razón!

MANO. *(Inocentemente.)* ¿Y tú qué haces?

CAR. *(Con inquietud creciente.)* ¿Yo? Ya ves...: nada...; no hago nada... ¡Nada absolutamente!

MANO. *(Alarmándose.)* ¿Estás mala? ¿Te pasa algo?

CAR. *(Levantándose.)* No...; es que me duele un poco la cabeza...

MANO. *(Acercándose a ella.)* ¿La cabeza na más? Mírame... A ti te pasa algo... ¿No me lo puedes contar a mí? ¿Es que tienes penas? ¿Es que no eres feliz?

CAR. *(Con explosión de angustia apasionada.)* ¡No soy feliz, no; no lo soy porque no puedo serlo, porque no debo serlo, porque no lo merezco! ¡Porque he cometido la vileza más grande que puede cometer una mujer! Porque teniendo manos para trabajar, salud para ganarme la vida, juventud para afrontar la suerte, me he casado con un hombre rico, por su dinero, sólo por su dinero; me he vendido...

MANO. *(Asustada.)* ¡No digas desatinos, mujer!

CAR. No puedo perdonarme, ¡no quiero! *(Con ansiedad y precipitadamente.)* Antes..., al principio, procuraba engañarme a mí misma, pensando: ha sido por tu madre..., ha sido por tu madre...; estaba enferma, había padecido tanto...; fué por ella, por ella...; ahora tiene todo lo que necesita, puede pasar tranquila la vejez, está contenta creyendo que tú eres muy dichosa...; pero no es verdad...: fué por mí, fué por mí exclusivamente, por cobardía, por desilusión, por cansancio, por estos trapos, por estas joyas. Siempre me ha gustado lo que es bueno y bonito, lo que cuesta caro...

MANO. ¡Como a todo el mundo!

CAR. Algunas veces..., cuando estoy más triste..., cuando tengo más asco de mí misma, me divierto en gastar... por lo mismo, y gasto sin sentido, desatinadamente, abusando de la bondad de este hombre...

MANO. Pero ¿es que él te echa en cara lo que gastas?

CAR. *(Con apasionamiento casi rencoroso.)* ¡Él! ¡Ojalá! No; no me echa en cara nada...; todo lo que yo hago está bien para él... A veces acabo de tirar un dineral, tontamente, en un traje, y cuando temo que tal vez pueda disgustarse un poco, me dice: "¡Qué bien vestida estás!" Con un aire de agradecimiento..., ¡como si fuera una virtud mía hasta el que haya acertado el modisto! A mí se me cae la cara de vergüenza...

MANO. ¡La cara de vergüenza!... ¡No eres tú nadie! *(Acariciándola.)* Todo eso es orgullo... ¡Claro! Que te duele que el hombre trabaje, y tú no hacer na... Pero, después de todo, tampoco es para que te pongas así contra ti misma. No eres la primera mujer en el mundo que se ha casado por conveniencia. Eso no es ningún crimen.

CAR. *(Sordamente.)* No lo será para otras...; para mí, sí. Yo estaba obligada a mucho más que

nadie, porque había soñado mucho más que todas.

MANO. ¡Déjate de sueños! ¡Válgame Dios! ¿A qué te habré contao yo tanta simpleza? Por darme tono. ¡Ay, Dios, qué bruta es una! *(Llaman a la puerta.)*

CAR. ¿Quién? Adelante.

CRIA. *(Entrando.)* Señora, un caballero que tiene mucho empeño en saludar a los señores; le he dicho que el señor no recibe, y dice que desearía hablar con la señora.

CAR. *(Levantándose.)* Pero ¿quién es?

CRIA. No ha querido decir su nombre. Dice que la señora le conoce, que es para un asunto..., solo cinco minutos.

CAR. *(Con indiferencia, a Manolita.)* Será algún pedigüeño. Desde que hemos llegado no cesa un momento la procesión.

MANO. Yo me voy, que ya es tarde y tengo que preparar la cena.

CAR. *(Llevándola por la puerta de la derecha.)* Sal por aquí, que te quiero dar un recuerdo para tu chiquillo. *(Al criado.)* Que suba..., y si está más de diez minutos, entra usted a llamarme de parte del señor... ¡Ah! Llévese usted eso. *(Por el servicio del te.)*

CRIA. Sí, señora. *(Manolita y Carmen salen por la puerta de la derecha; el criado, después de recoger el te, sale por la de la izquierda, llevándose la bandeja. Ha anochecido por completo durante la escena anterior. La escena queda un instante sola. Después sale Carmen por la puerta de la derecha, se sienta en el diván sin hablar y se queda mirando al suelo; pasado otro momento entra el criado con Mariano; al entrar da la luz eléctrica.)*

CRIA. Pase usted, caballero. *(Se retira.)*

CAR. *(Levantando los ojos a tiempo que el criado da la luz.)* ¡Mariano!

MARIA. *(Con cierta timidez.)* Buenas tardes.

CAR. *(Con disgusto.)* ¡Tú!

MARIA. *(Un poco desconcertado.)* Sí..., yo. ¿Te molesta que haya venido a verte? *(Echándolo por lo sentimental y acercándose un poco.)* ¿Es posible, Carmen?

CAR. *(Con sequedad.)* Me molesta el misterio inútil de que te has valido para entrar aquí. ¿Por qué no has dicho tu nombre al criado?

MARIA. Temía que sabiendo que era yo, no hubieras querido recibirme.

CAR. *(Con sequedad.)* ¿Por qué?

MARIA. *(Sin contestar.)* ... Y, por lo visto, tenía razón. Te disgusta mi presencia... *(Acercándose a ella.)* ¡Es que tenía tanta necesidad de verte, de hablarte siquiera una vez!

CAR. *(Con altivez.)* ¿A mí? ¿Para qué?

MARIA. *(Volviendo a desconcertarse.)* ¿Y tú me lo preguntas? Entonces... *(Volviendo a lo sentimental.)*, ¿es que quieres que me vaya?

CAR. *(Con indiferencia.)* Haz lo que se te antoje.

MARIA. *(Con reproche.)* ¡Carmen! *(Pausa breve; ella le mira y dice suavizando un poco la voz.)*

CAR. Siéntate si quieres. *(El se sienta un poco lejos de ella y no habla.)* ¿Quién te ha dicho que estábamos aquí?

MARIA. *(Afectando pena.)* No me lo ha dicho nadie...: te vi yo anoche... en el teatro... ¡Si supieras!... Sentía una inquietud..., sin saber por qué..., como si me llamaran... Levanté los ojos; estabas tú en un palco...; tú, Carmen..., tú..., con... *(Se detiene, como si no pudiera seguir.)*

CAR. *(Con afirmación despiadada.)* Sí; con mi marido.

MARIA. *(Fingiendo grandísima emoción.)* ¡Cuando te vi...! ¡No sabía que te habías casado!

CAR. *(Con tranquilidad.)* Pues hace ya tres años.

MARIA. ¡Tres años! ¡No es posible!

CAR. *(Con mala idea.)* ¿Por qué no? Al mes siguiente de marcharte tú. No sé cómo no te enteraste. Lo dijeron muchísimos periódicos... Verdad *(Con ironía amarga.)* que la señorita Carmen García..., ¡hay tantas!..., y con el opulento ne-

gociante..., no pegaba, ¿verdad? No podía sér yo. *(Se levanta y se acerca al balcón. Hay una pausa brève, que él rompe, afectando también tranquilidad.)*

MARIA. Vivis en París, ¿no?

CAR. *(Volviéndose.)* ¿Quién te lo ha dicho?

MARIA. Cuando salisteis, os seguí hasta el hotel, pregunté, supe...

CAR. *(Con despego.)* Sí; en París tenemos casa puesta; pero nos pasamos la vida viajando. A mí me gusta cambiar siempre de sitio... *(Sentándose otra vez, dice con indiferencia olímpica.)* Tú, por lo visto, vives en Madrid.

MARIA. No; estoy aquí de paso, hace dos meses, para asuntos...; pero pienso marcharme... en cuanto termine la guerra. *(Volviendo al tono sentimental y después de un leve suspiro.)* ¡También yo he corrido medio mundo! *(Se detiene para que ella le pregunte; pero ella, que está pensando en otra cosa, tarda un instante en enterarse.)*

CAR. *(Volviendo a la realidad.)* ¡Ah! ¿Sí?

MARIA. *(Obstinándose en interesarla.)* Primero estuve en Africa...

CAR. Es verdad; que te fuiste muy contento... Era un gran empleo, ¿no? Y ahora, ¿qué haces?

MARIA. Ahora *(Con tono de amargura escéptica.)* vas a reírte si te lo digo...; en fin, así es la vida. ¿Recuerdas lo socialistas que éramos en aquellos tiempos? ¿Socialistas y antimilitaristas furibundos? Pues me gano la vida viajando por cuenta de una fábrica de armas. *(Ella levanta la cabeza y le mira sin hablar.)* Sí, alemana... *(Ella le vuelve a mirar sin hablar.)* Sí, como y bebo... y vivo vendiendo a los Gobiernos conservadores fusiles con que matar ideas, y a los reinos cristianos cañoncitos con que achicharrarse lindamente en nombre de la civilización. *(La mira fijamente a los ojos.)* Me desprecias un poco, ¿verdad?

CAR. ¿Yo? ¿Con qué derecho?

MARIA. ¡Es verdad! *(Ofensivo.)* Tú ahora eres archiburguesa y archirrica. También tú te has pasado al enemigo. *(En son de burla.)* Verdad es que en tu caso habrá tenido la culpa el amor, y eso es siempre respetable.

CAR. *(Sordamente.)* El amor, de una manera o de otra, siempre tiene la culpa de todo lo que hacemos las mujeres.

MARIA. *(Acercándose a ella y decidido a jugar el todo por el todo.)* Carmen..., ¿eres feliz?

CAR. *(Con altivez.)* ¡Eso a ti no te importa!

MARIA. *(Insinuante y apasionado.)* ¡Me importa, sí, me importa, porque te quiero!

CAR. *(Que le ha estado escuchando con un poco de asombro, interrumpiéndole con violencia.)* ¡Tú!

MARIA. *(Asustado.)* ¡Yo..., sí, yo! *(Lanzándose de nuevo.)* ¡Más que nadie en el mundo!

CAR. *(Con desprecio infinito.)* ¿Tú me quieres a mí? ¿Desde cuándo?

MARIA. ¡Desde siempre, Carmela, y para siempre!

CAR. *(Mordiendo las palabras.)* ¡Y me lo dices ahora! *(Con furiosa indignación.)* ¡Ah, cobarde, cobarde!

MARIA. ¡Carmen!

CAR. ¡Sí, cobarde, villano, mal nacido! Me querías entonces, me has tenido tan cerca tanto tiempo, y no me lo dijiste. ¿Por qué?

MARIA. *(Mirando al suelo.)* ¡Eramos tan pobres!

CAR. *(Con altivez.)* ¡Era tan pobre yo!

MARIA. ¡No digas eso!

CAR. Sí; era yo tan pobre, ¡y por eso! Es natural..., tan pobre. Me querías entonces, me querías; pero daba la casualidad de que yo era honrada, y para quererme, te tenías que haber casado conmigo, ¡y era tan pobre! Me querías entonces, y lo que entonces me debiste haber dicho, me lo dices ahora, porque ya no puedo ser para ti una carga ni una responsabilidad; porque ya nuestro amor no sería la vida, sino la aventura; porque me has encontrado en un gran hotel con nombre, con criados, con joyas;

porque soy elegante a fuerza de dinero, y parezca mucho más bonita; porque me relucen las uñas y huelo a esencias caras; porque voy bien vestida, y vestiría tanto que quisiera perderme contigo...

MARIA. ¡Calla, calla!

CAR. ¡Déjame, déjame!... *(Viendo a Julián, que ha entrado hace un instante por la puerta de la izquierda.)* ¡Ah! *(Se queda inmóvil y angustiada; Mariano se aparta un poco de ella.)*

JULIAN. *(Que se da cuenta de casi todo lo que pasa, conteniéndose para lograr una apariencia de serenidad, se acerca a ella y, cogiéndola de la mano como a un niño, la aparta de Mariano.)* Buenas tardes... *(A Carmen.)* ¿Llamabas? Te he oído gritar. ¿Qué te pasa? ¿Estás enferma? *(Llevándola a un sillón.)* Siéntate..., estate quieta. *(La deja sentada y se adelanta hacia Mariano, que está visiblemente molesto.)* Caballero *(Con dignidad.)*, ¿qué deseaba usted?

MARIA. *(Con un poco de impertinencia.)* De usted, nada. Había venido a ver a Carmen. *(Apoya en el nombre con voluntaria familiaridad.)*

JULIAN. *(Que siente la intención y sufre por ella, pregunta y contesta en una misma frase, en tono más de afirmación que de interrogación.)* ¿A mi mujer?

MARIA. *(Que tiene gana de mortificar, por despecho.)* Sí; tiene usted la suerte de que lo sea.

CAR. *(Con indignación, intentando levantarse.)* ¡Mariano!

JULIAN. *(Volviéndose a ella y deteniéndola con un gesto.)* ¡Calma, calma! *(A Mariano, con dignidad.)* Y ¿puede saberse qué deseaba usted tratar con ella?

MARIA. *(En hombre superior.)* ¡Oh, nada que a usted pueda interesarle particularmente!... Estábamos hablando de cosas nuestras..., recuerdos, tonterías de chiquillos... ¡Carmen y yo éramos muy amigos en tiempos más felices!

JULIAN. *(Con la voz cambiada por la ira, que quiere*

contener.) ¿Más felices para ella... o para usted?

MARIA. *(Sonriendo, con mala sangre.)* Supongo que para los dos.

JULIAN. *(Muy cerca de él y amenazador, pero conteniéndose con esfuerzo.)* Ha de saber usted..., señor mío, que si por un instante, y gracias a una situación de ánimo *(Con altivez.)*, de la cual no tengo que darle a usted cuentas *(Conteniéndose otra vez)*, le consiento a usted ciertas insinuaciones, no es por exceso de paciencia. *(Con ira.)* ¡No tengo yo paciencia, ni mucha ni poca! *(Desde muy alto.)* ¡Ni la he tenido nunca! *(Con amargura serena a fuerza de voluntad.)* Pero la explicación de lo que a usted le pueda autorizar a hablar como habla, no quiero saberla de usted... ni escucharla delante de usted. *(Da media vuelta con desprecio y mira a Carmen.)* Cuando sepa lo que debo saber, nos veremos, ¡yo le juro a usted que nos veremos! *(Con ira, amargura e ironía hirientes.)* Y puede que le pese a usted haber dicho lo que ha tenido usted la... calma de decir *(Con asomo de risa dolorosa e insultante.)*, y haberse preocupado tanto de la felicidad ajena.

MARIA. *(Queriendo salvar la dignidad masculina con un asomo de protesta.)* Ha de saber usted...

JULIAN. *(Alterándose de nuevo y acercándose a él.)* Ya he dicho que de usted no quiero saber nada. ¡Buenas tardes!

MARIA. *(Con cinismo.)* Buenas tardes. *(Sale.)*

CAR. *(A su marido, con tono a un tiempo de súplica y de explicación.)* Julián...

JULIAN. *(Rechazándola violentamente, y volviendo contra ella la ira que ha estado conteniendo.)* ¡Ah, tú! *(Casi rugiendo.)* ¡Era esto..., era esto! Tu tristeza era esto, tu tedio, tu angustia, tu cansancio de la vida era esto... ¿Le querías..., querías a otro hombre, sufrías por él, soñabas con él?... *(Con ira desatada.)* ¡Tres años, tres años, tres años sin oírte reír!.. *(Acercándose*

a ella amenazador.) ¡Cómo ibas a reirte, si querías a otro y eras mía! Y queriéndole te casaste conmigo... Eso no se hace, ¿sabes? Lo que tú has hecho no se hace...; ¡eso no lo hace una mujer honrada!

CAR. *(Con dignidad y angustia, pero sin ofenderse.)* ¡Julián!

JULIAN. *(Con desvarío.)* Sufrías por él... *(Con odio.)* Y él, ¡cobarde!, ¿qué hacía? ¿Dónde estaba? Y ahora, ¿por qué ha venido? *(Acercándose a ella, insultante.)* ¡Le has llamado, le has llamado tú! ¿No podías vivir sin él, verdad? ¡No podías vivir ya más conmigo *(Con amargura trágica.)*, miserable, engañado, loco por ti, ciego por ti! *(Cogiéndola por los dos brazos y rechazándola luego.)* ¡Ah!... ¡Vete con él!

CAR. *(Con paciencia alterada.)* ¡Julián!...

JULIAN. *(Con ira.)* ¡Vete con él! ¡Si le querías, si le has querido siempre!

CAR. *(Con arranque.)* ¡Sí, le he querido!

JULIAN. *(Con locura.)* ¡Calla!

CAR. *(Con dignidad.)* ¡Le he querido! *(Con lágrimas en la voz, como si hablase consigo misma.)* Ha sido la ilusión y el engaño de mi juventud. Le he querido de niña, cuando toda la vida *(Sonriendo dolorosa e ilusionadamente.)* era sueño y promesa para mí... Le tenía delante, y confundí su amor con la promesa que me hacía la vida... *(Bajando los ojos y la voz.)* El no sé si lo supo...; yo no se lo dije... *(Con gravedad serena.)* Le he querido cuando la desgracia me enseñó a ser mujer. Le tenía cerca, y confundí su amor con la esperanza de días mejores... No se lo dije...; pero esperé con ansia las palabras de amor, que no llegaron... *(Con afirmación valerosa, pero no arrogante, mirando cara a cara a su marido.)* Le he seguido queriendo...

JULIAN. *(Con temor y dolor.)* ¿Cuando estabas conmigo?...

CAR. *(Con amargura.)* Cuando estaba contigo.

JULIAN. *(Queriendo contenerse.)* ¡Ah!

CAR. Sí. *(Bajando la cabeza.)* ¡He sido tan miserable como todo eso! *(Con inquietud.)* Dices bien: he sufrido, he llorado mucho tiempo..., un año tal vez... Me he aborrecido a mí misma, te he tenido rencor, porque no comprendías o porque, comprendiendo, te resignabas. He tenido que morderme las manos y la lengua para no gritarte: ¿no ves que te engaño, que mi vida entera es una impostura, que tú lo pones todo, y yo nada? *(Con intensidad, pero bajando la voz.)* ¡Odiame, mátame o deja que me vaya muy lejos, donde no te vea, donde no me acuerde!...

JULIAN. *(Con desesperación.)* ¡Y hoy ha venido él!...

CAR. *(Sonriendo dolorosamente.)* Pero ya era tarde. Parece mentira, pero es así... Le he visto entrar, y por primera vez me ha sido indiferente... Le he sentido acercarse, sin cariño y sin odio... Han llegado, por fin *(Marcando el "por fin" con ironía desdeñosa.)*, las palabras de amor...

JULIAN. *(Interrumpiendo, con indignación celosa.)* ¡Se ha atrevido a decirte...!

CAR. *(Sonriendo, con indiferencia.)* Que me quiere, que me ha querido desde que el mundo es mundo... Sí... ¡Qué vacío suena todo eso cuando el amor se ha muerto!

JULIAN. *(Acercándose a ella con ira.)* ¡Eso me lo dices porque me tienes miedo!

CAR. *(Con altivez.)* ¡Eso te lo digo porque es verdad! *(Con tristeza.)* No creas que me enorgullezco al decírtelo... No puedes comprender... Las mujeres queremos siempre que nuestro primer amor sea el amor de toda nuestra vida... Y cuando le hacemos traición también sufrimos... El amor debe ser como un hijo: duele al nacer y duele al morirse... y como un hijo muerto, se lleva muchos días dentro del corazón. *(Con arranque sincero.)* ¡Pero bien muerto está! Agonizante he llevado yo el mío, he-

cho remordimiento, vergüenza, asco de mí misma. *(Con seriedad y desde muy alto.)* ¡Hoy se ha llevado el viento las últimas cenizas! Puedes creerlo. No te he mentido nunca. No sabría mentir aunque quisiera. *(Va a sentarse en el diván y se queda mirando al suelo.)*

JULIAN. *(Que la ha estado escuchando con emoción, alternada de indignación, de celos, de angustia, de piedad, pasea un momento por la habitación y se acerca a ella.)* Carmen... *(Ella no se mueve.)* Carmen... Te he dicho todo eso... porque sufría tanto...; pero... perdóname..., perdónamelo todo. *(Con emoción.)* ¡Sobre todo, perdóname mi amor! El día en que te dije: "¡La quiero a usted!" lo escuchaste llorando... *(Con temor.)* ¿Era por eso?

CAR. *(Sin mirarle.)* ¡Qué importa ya!

JULIAN. *(Acercándose más a ella, con exaltación.)* Tú me decías: "¡Yo no le quiero a usted!" *(Exaltándose.)* ¡Yo no debí imponerte mi cariño! ¡No tenía derecho! Fuí cobarde, ¡porque no podía vivir sin ti! *(Con exaltación apasionada.)* Gracias, gracias por todo, por tu paciencia, por tu lealtad, por tu sonrisa triste, por haberme sufrido junto a ti... *(Con exaltación casi de chiquillo.)* ¡Lo que te he dicho antes era mentira todo! ¡No me hagas caso! ¡Estos tres años han sido la felicidad de mi vida! *(Con adoración.)* ¡No sabes lo que has sido para mí!... Tú sí que puedes ofenderte conmigo...

CAR. *(Interrumpiéndole con protesta sincera.)* ¿Yo?

JULIAN. *(Sin detenerse por la interrupción de ella.)* ... Porque me prometiste lealtad, y tú sí que has cumplido tu promesa; pero yo, no; yo, no. *(Ella le mira como interrogándole.)* Yo prometí contentarme con tenerte a mi lado, fuese como fuese, y muchos días he sido violento contigo, te he echado en cara tu tristeza, te he hecho sufrir más... Perdóname, dime que me perdonas.

CAR. *(Con sinceridad conmovida.)* ¡Si no tengo nada que perdonarte!

JULIAN. *(Con insistencia humilde.)* Pero dímelo, porque hoy lo necesito... Es una limosna que me tienes que dar. Acaso la última...

CAR. *(Con asombro alarmado.)* ¡La última! ¿Qué te pasa?

JULIAN. *(Sonriendo y hablando de prisa, para quitar importancia a lo que dice.)* Nada... Tengo que decirte una cosa...; ¡pero no te asustes, porque a ti no te importa! Es un disgusto sólo para mí...

CAR. *(Que no comprende.)* ¿Sólo para ti?

JULIAN. Sí; porque yo soy el único que saldré perdiendo... Verás...: la suerte, estos últimos tiempos, se ha vuelto contra mí. *(Con fervor.)* ¡Es natural! ¿Qué le voy a pedir más de lo que me ha dado? *(Con ilusión.)* Te he tenido tres años conmigo. ¡Con la felicidad de estos tres años tengo para toda la vida!

CAR. Pero ¿qué estás diciendo?

JULIAN. *(Sencillamente.)* He recibido las noticias que estaba esperando. Ya te he dicho que estaba preocupado.

CAR. *(Con ansiedad.)* ¿Y qué?...

JULIAN. *(Sonriendo.)* Pues... que la guerra, como a tantos otros, me ha dejado pobre...

CAR. *(Con emoción, pero sin disgusto.)* ¡A ti!

JULIAN. *(Con precipitación afectuosa.)* Pero no tengas miedo...; para ti hay lo bastante... Está en salvo tu dote y algo más... Eso hubiera sido lo único terrible... *(Sonriendo.)* Por mí no importa nada. *(Con dignidad.)* Lo que la gente llama ruina para mí no lo es; el no tener dinero no es ruina: es volver a empezar, trabajar como antes. ¡Qué me importa! *(Con ilusión de hombre que sabe dominar la vida.)* ¡El mundo es grande, el trabajo es bueno! *(Con orgullo.)* ¡Tengo cabeza, manos, corazón! ¡Volveré a ser rico! ¡Puede que muy pronto! *(Con emoción*

generosa.) Y entretanto, tú no tendrás que sufrirme a tu lado...

CAR. *(Con protesta.)* Pero ¿qué estás diciendo?

JULIAN. *(Con generosidad que esconde un gran dolor.)* No te angusties por mí... Si me voy muy contento. *(Sonriendo lamentablemente.)* ¡Ahora, sí; muy contento! Porque verás. ., ese... *(Vacilando.)*, esa locura tuya yo no la sabía; ¡pero la sospechaba! Y me dolía tanto... *(Con energía.)* Sin saber lo que era, creo que no hubiese podido separarme de ti. *(Con sonrisa que quiere hacer sincera.)* Pero ahora..., como sé que todo ha terminado, ¡soy tan feliz!... ¡Me iré tan tranquilo! *(Con inquietud casi angustiosa.)* Porque tú no quieres a nadie, ¿verdad? *(Serenándose con generosidad.)* Estarás sola, y yo estaré muy lejos *(Con exaltación)*; pero no tendré a nadie contra mí en tu corazón, ¿verdad? *(Con ilusión.)* Podré pensar en ti, como en una esperanza, como en un cielo mío, para cuando le gane.

CAR. *(Levantándose y mirándole fijamente.)* ¿Es decir..., que has pensado en marcharte dejándome aquí?

JULIAN. *(Como si se disculpara.)* No hay remedio: las tierras viejas no dan más que pan, y yo necesito muchas cosas más *(Con emoción.)*, porque estás tú en el mundo.

CAR. *(Con severidad.)* ¿Y has pensado que yo soy capaz de dejarte marchar pobre y solo?

JULIAN. *(Bajando los ojos.)* ¡Carmen!

CAR. ¡Lo has pensado! *(Con sentimiento de humillación, bajando los ojos.)* ¡Dios mío! *(Con serenidad dolorosa.)* Dos veces en mi vida ha venido la ruina a buscarme. La primera en el momento mismo en que abría los ojos a la felicidad de vivir... Ahora..., otra vez. *(Con arranque.)* Pero ahora es muy distinto. ¡Ahora sé lo que tengo que hacer! Mi padre *(Se va emocionando irresistiblemente a medida que habla, hasta acabar en llanto: es la primera vez*

que llora con lágrimas durante toda la escena.) se alejó de nosotras sin decirnos adiós. Yo era una criatura; no supe dónde iba, no pude comprender ni detenerle a tiempo. ¡Y le quería! ¡No sabes cómo le quería!... ¡Y él a mí! ¡Me habrá llamado tantas veces antes de morir! ¡Pensar que se me ha muerto lejos, solo, tal vez desesperado..., sin que nosotras, que hemos sido la causa de su ruina, hayamos podido consolarle, alentarle, cuidarle, cerrarle los ojos!... ¡Si hubiera estado yo con él, tal vez viviría! *(Con dolorosa protesta.)* Y quieres que otra vez, ¡y esta vez a sabiendas!, me vuelva a echar encima el peso de esa culpa.

JULIAN. *(Turbado.)* Es que yo voy a trabajar sin descanso; voy a pasar incertidumbres, malos ratos, horas de desaliento; voy a andar de un lado para otro, buscando hasta que encuentre; voy a desatinarme muchos días... *(Con rudeza casi rencorosa.)* ¡Y no tengo derecho a pedirte que vengas conmigo!

CAR. *(Con energía.)* ¡Yo tengo el deber de estar a tu lado!

JULIAN. *(Con violencia.)* No... no le tienes. ¡Esos deberes no los impone más que el cariño! Tú lo has dicho al hablar de tu padre. *(Con envidia.)* ¡No sabes cómo le quería! *(Sombrío.)* ¡Y a mí no me quieres como le querías a él!

CAR. *(Bajando los ojos, con timidez.)* ¡Sí te quiero!

JULIAN. *(Con violencia.)* ¡No, no!

CAR. *(Con energía.)* ¡Sí te quiero!

JULIAN. *(En voz más baja.)* ¡No!

CAR. *(Con emoción.)* ¡Dios mío! ¿Tú crees que un amor se muere si otro amor no le mata?

JULIAN. *(Con emoción desatentada e incrédula, casi con ira, a fuerza de alteración nerviosa.)* ¡No me digas eso! ¡No me digas eso! ¡No me mientas!

CAR. *(Con amor.)* ¿Cómo no te voy a querer, viviendo contigo, y siendo como eres?

JULIAN. *(Con dolor.)* ¡Es que me tienes lástima!

CAR. *(Con energía.)* ¡No! *(Con melancolía.)* Yo ha-

bía soñado, como todas, con un hombre *(Exaltándose a medida que habla.)* en quien poder creer, de quien poder fiarme, a qúien poder querer de igual a igual. *(Con dignidad.)* Un hombre con quien ir de la mano por la vida, riendo cuando fuese hora, llorando cuando fuese menester, ganando el pan con él, partiendo el pan con él, con orgullo, con gloria suya y mía.

JULIAN. ¡Carmen!

CAR. *(Con rabia de sí misma.)* Y puse mi ideal, también como todas, en el primer juguete que encontré. ¡No era él! Pero yo me empeñaba en que lo fuese... Luego viniste tú..., tú, que eres bueno; tú, que eres fuerte, honrado, capaz de mirar la vida cara a cara; ¡tú, que eres un hombre de verdad! ¡Tú, sí; tú, sí!... No creas, te he tenido rabia al ver que eras tú, precisamente tú... Luego la rabia fué contra mí misma... No quería quererte, no quería confesarme a mí misma que te estaba queriendo; no te lo hubiera dicho nunca...

JULIAN. *(Con angustia.)* ¿Por qué?

CAR. *(Temblando y mordiendo las palabras.)* Tenía vergüenza ante mí misma... Me había vendido por dinero...

JULIAN. *(Con arrebato.)* ¡No digas eso!

CAR. *(Con avergonzada confusión.)* Yo... no puedo querer a quien me paga...

JULIAN. *(Con apasionamiento.)* ¡Harto pagado estaba mi amor con el tuyo!

CAR. *(Temblando.)* No... no... el ámor no se paga... el amor [illegible]... el amor hay que darle de balde... y yo, no; yo, no... era imposible... mientras tú fueras rico era imposible. ¡Soy muy orgullosa!

JULIAN. *(Acercándose a ella con devoción.)* ¡Carmen!... ¡Vida mía!

CAR. ¡Ahora, sí; porque te puedo dar vida por vi[illegible] contigo, trabajaré contigo. También

soy ambiciosa... ¡Seremos ricos, seremos fuertes... haremos mucho bien!

JULIAN. *(Desvariando, con alegría infantil.)* ¿Sí, sí, sí? Vendrás conmigo. *(Cogiéndole la cabeza.)* Déjame que te mire. ¡Qué bonita eres! ¿Vendrás conmigo siempre? ¡Qué manos tan chiquitas y tan suaves! *(Le besa las manos.)* ¿Serás para mí... para mí... tú? *(Cogiéndola otra vez la cabeza.)* Tienes el pelo de oro... Tienes los ojos azules como el cielo... ¡Y eres mi amor!... ¿No lo sabías tú que eres mi amor? Ven aquí. *(Se sienta en el diván con ella y la mira como si fuese un juguete maravilloso.)* Mírame... ¿Te vas a reír como antes... como te reías cuando te conocí?... *(Con emoción repentina, escondiendo la cabeza entre las manos y casi llorando de cansancio.)* ¡Carmen! ¡Carmen!

CAR. *(Alarmada, quitándole las manos de la cara.)* ¿Qué te pasa? ¿Estás malo?

JULIAN. *(Sonriendo con esfuerzo.)* No... no te asustes... estoy bien. *(Suspirando hondamente.)* ¡Qué cansancio y qué descanso! Te quisiera decir tantas cosas... todas las que mereces. *(Casi no puede hablar.)* Gracias, gracias...; pero no puedo... Dame la mano. Llevo tantos días de angustia, de inquietud, sin dormir, sin vivir, viendo que no podía conjurar la ruina, pensando que tenía que dejarte...

CAR. *(Maternal.)* Calla... no hables...

JULIAN. *(Con un resto de exaltación.)* ... Peleando por salvar lo imposible... y ahora, cuando ya estaba todo perdido... me dices tú que vienes...

CAR. *(Con inquietud afectuosa.)* No hables... Déjalo ya... Descansa...

JULIAN. *(Con docilidad de niño.)* ¿Sí? ¡Ay! *(Ella le pone la mano en la frente, obligándole a reclinarse sobre los almohadones.)* Gracias...

CAR. *(Atrayéndole con dulzura y sujetándole.)* ¡Descansa!...

JULIAN. *(Con sobresalto repentino.)* ¡Te vas!

CAR. *(Sonriendo.)* No... *(Durmiéndole como a un*

niño.) No pienses... Estoy aquí... contigo... cierra los ojos... así... *(Él se duerme. Pausa muy breve. El criado da dos golpecitos en la puerta. En voz baja.)* ¡Adelante! *(Entra el criado con unos telegramas y una gran cartera de papeles. Carmen, sin abandonar a Julián, hace una señal de silencio.)* ¡Chsss! ¿Qué hay?

CRIA. *(En voz baja.)* Estos telegramas que acaban de traer y estos papeles que envía el secretario del señor para que el señor tenga la bondad de revisarlos.

CAR. Déjelos usted ahí... sobre la mesa... y dígale usted al secretario que luego llamará el señor por teléfono...

CRIA. Sí, señora. *(Sale en silencio y cierra la puerta con cuidado.)*

CAR. *(Mira a su marido con inquietud afectuosa. Se levanta con mucho cuidado, poniéndole almohadones junto a la cabeza, para que no note su ausencia; le besa sobre el pelo muy levemente. Luego apaga la luz central, enciende la del portátil que hay sobre la mesa y, sentándose, empieza a revisar los papeles que ha traído el criado, y abre los telegramas, tomando notas con lápiz en un pedazo de papel; levanta los ojos y dice, con sonrisa de felicidad.)* ¡Hoy empieza mi vida! *(Vuelve a leer los telegramas mientras cae el telón muy despacio.)*

EL TEATRO

OBRAS PUBLICADAS

1 *Lecciones de buen amor*, por Jacinto Benavente.
2 *Cobardías*, por Manuel Linares Rivas.
3 *La señorita está loca*, por Felipe Sassone.
4 *Encarna, la Misterio*, por F. Luque y E. Calenge.
5 *La pluma verde*, por Pedro Muñoz Seca y P. Pérez Fernández.
6 *Madrigal*, por Gregorio Martínez Sierra.
7 *Un marido ideal*, por Oscar Wilde.—Traducción de Ricardo Baeza.
8 *¡Qué hombre tan simpático!*, por Arniches, Paso y Estremera.
9 *Febrerillo el loco*, por S. y J. Alvarez Quintero.
10 *Las canas de don Juan*, por J. J. Luca de Tena.
11 *La garra*, por Manuel Linares Rivas.
12 *La noche clara*, por A. Hernández Catá.
13 *La virtud sospechosa* (extracto), por J. Benavente.
14 *Vidas rectas*, por Marcelino Domingo.
15 *El ardid*, por Pedro Muñoz Seca.
16 *La nave sin timón*, por Luis Fernández Ardavín.
17 *El marido de la estrella*, por Manuel Linares Rivas.
18 *La dama salvaje*, por Enrique Suárez de Deza.
19 *Los cómicos de la legua*, por Federico Oliver.
20 *Volver a vivir*, por Felipe Sassone.
21 *Madame Butterfly*, por V. Gabirondo y E. Endériz.
22 *Colonia de lilas*, por J. Fernández del Villar.
23 *La locura de don Juan*, por Carlos Arniches.
24 *La otra honra*, por Jacinto Benavente.
25 *Fantasmas*, por Manuel Linares Rivas.
26 *Rosa de Madrid*, por Fernández Ardavín.
27 *Para hacerse amar locamente*, por G. Martínez Sierra.
28 *El conflicto de Mercedes*, por Pedro Muñoz Seca.
29 *La prisa*, por S. y J. Alvarez Quintero.
30 *La hija de Iorio*, por Gabriel D'Annunzio.
31 *La Galana*, por Pilar Millán Astray.
32 *La Malquerida*, por Jacinto Benavente.
33 *La española que fué más que reina*, por E. Contreras y Camargo y L. López de Sáa.
34 *A campo traviesa*, por Felipe Sassone.
35 *Vida y dulzura*, por S. Rusiñol y G. M. Sierra.
36 *Las lágrimas de la Trini*, por C. Arniches y J. Abati.
37 *Como buitres*, por Manuel Linares Rivas.
38 *La Prudencia*, por J. Fernández del Villar.
39 *El pan de cada día*, por Marcelino Domingo.
40 *Madame Pepita*, por G. Martínez Sierra.
41 *Don Juan, buena persona*, por S. y J. A. Quintero.
42 *El pueblo dormido*, por Federico Oliver.
43 *Señora ama*, por Jacinto Benavente.
44 *El secreto de Lucrecia*, por Pedro Muñoz Seca.
45 *La fuerza del mal*, por Manuel Linares Rivas.
46 *El bandido de la Sierra*, por Luis F. Ardavín.
47 *La intrusa*, por Maurice Maeterlinck.
48 *No te ofendas, Beatriz*, por C. Arniches y J. Abati.
49 *Los leales*, por S. y J. Alvarez Quintero.

50 *El collar de estrellas*, por Jacinto Benavente.

51 *El llanto*, por Pedro Muñoz Seca.

52 *Una mujer sin importancia*, por Oscar Wilde.

53 *Los intereses creados* y *La ciudad alegre y confiada*, por Jacinto Benavente.

54 *Alfilerazos*, por Jacinto Benavente.

55 *La Raza*, por Manuel Linares Rivas.

56 *Rosas de otoño* y *La honra de los hombres*, por Jacinto Benavente.

57 *La noche del sábado* y *La ley de los hijos*, por Jacinto Benavente.

58 *La comida de las fieras* y *Los malhechores del bien*, por Jacinto Benavente.

59 *Juventud, divino tesoro*, por G. Martínez Sierra.

60 *Mimí Valdés*, por José Fernández del Villar.

61 *El azar*, por Federico Oliver.

62 *El ilustre huésped*, por S. y J. Alvarez Quintero.

63 *Las hijas del Rey Lear*, por Pedro Muñoz Seca.

64 *Manolito Pamplinas*, por José María Granada.

65 *... Y después?*, por Felipe Sassone.

66 *No hay burlas con el amor*, por Alfredo de Musset.

67 *Los nuevos yernos*, por Jacinto Benavente.

68 *Lo que ellas quieren*, por Federico Oliver.

69 *El último mono*, por Carlos Arniches.

70 *Como hormigas*, por Manuel Linares Rivas.

71 *La condesa María*, por Ignacio Luca de Tena.

72 *Los sabios*, por Pedro Muñoz Seca.

73 *La jaca torda*, por José Luis Mayral.

74 *¡Macachis, qué guapo soy!*, por Carlos Arniches.

75 *Lirio entre espinas*, por Gregorio Martínez Sierra.

76 *Poca cosa es un hombre*, por P. Muñoz Seca y R. López de Haro.

77 *Por las nubes*, por Jacinto Benavente.

78 *Son mis amores reales*, por Joaquín Dicenta (hijo).

79 *Divino tesoro*, por Juan Ignacio Luca de Tena.

80 *La dama del armiño*, por Luis Fernández Ardavín.

81 *Lo que se llevan las horas*, por Felipe Sassone.

82 *"En Aragón hi nacido"*, por Carlos Arniches y Pedro García Marín.

83 *La mala ley* y *Primero, vivir* (extr.), por M. L. Rivas.

84 *La hija de la Dolores*, por Luis F. Ardavín.

85 *María Fernández*, por P. M. Seca y P. P. Fernández.

86 *Todo tu amor o Si no es verdad, debiera serlo*, por Felipe Sassone.

87 *Buena gente*, por Santiago Rusiñol y G. M. Sierra.

88 *La mujer que necesito*, por Enrique Thuillier y S. López de la Hera.

89 *Lo cursi*, por Jacinto Benavente.

90 *La cantaora del Puerto*, por L. F. Ardavín.

91 *Fuensanta la del cortitiago Rusiñol y G. M. Sierra.
jo, por Enrique de Alvear.

92 *Anita la Risueña*, por S. y J. Alvarez Quintero.

93 *La neña*, por Federico Oliver.

94 *El día menos pensado*, por Antonio Estremera.

95 *Bartolo tiene una flauta*, por Pedro Muñoz Seca y Pedro Pérez Fernández.

96 *Santa Isabel de Ceres*, por Alfonso Vidal y Planas.